

universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número **128** - Abril de 2022 - Distribución gratuita

www.universocentro.com.co



ROMPER LA URNA

Gabriel Boric llegó a la presidencia de Chile exactamente diez años después de ser uno de los líderes de las protestas estudiantiles de 2011. Muchos de sus actuales compañeros de gabinete fueron sus pares en esos días del estallido. Su movimiento, Convergencia Social, se creó apenas hace cuatro años con la unión de varias organizaciones universitarias. El país que siempre se catalogó como el más estable de América Latina es ahora el de mayor incidencia de los jóvenes en las instancias de poder político, el más arriesgado si se quiere, el de las apuestas menos cuarteadas y menos fogueadas. El que, para completar está re-dactando una nueva constitución.

Pero ese no es el liderazgo más joven con protagonismo. El movimiento de "los secundarios" logró relevancia en los últimos tres años luego de las protestas iniciadas entre los bachilleres. Todo surgió en los torniquetes del metro. Un alza en el pasaje levantó las protestas en octubre de 2019 y luego de 150 días de tropel se convocó a una constituyente y se dieron cambios en la policía. En la segunda vuelta presidencial "los secundarios" dieron un apoyo tardío a Boric con exigencias y salvaduras. Víctor Chanfreau, con veinte años y un liderazgo clave entre los bachilleres recién graduados, dice que le hubiera gustado comenzar a marchar desde los cinco años. Su abuelo fue desaparecido durante la dictadura y el miedo ha llegado hasta el bachiller que dejó de moverse en bicicleta por insultos y amenazas. Su generación siente que la posibilidad del diálogo con el poder es la certeza de la derrota: "Nosotros hace mucho tiempo, generación tras generación, hemos descartado que la primera opción sea hablar con las autoridades. Una vez más quedó demostrado que las autoridades no responden a menos que sea con movilización". Una parte de ellos eligió a Gabriel Boric con el 55 por ciento de los votos y algunas reservas.

La agenda política colombiana también fue sacudida por el paro nacional que se dio con protestas intermitentes entre 2019 y 2021. La renuncia de los ministros de Defensa y Hacienda, la vinculación de miles de jóvenes que habían visto las demandas políticas como un territorio ajeno y la consolidación de unos cuantos nuevos liderazgos fueron algunas de las cosas que dejó el paro. Además de decenas de muertos por brutalidad policial, mayor



desprestigio gubernamental y una renovada distancia entre las principales facciones políticas.

La gran pregunta es si en Colombia ese descontento podrá traer cambios significativos y ajustar la balanza del poder. Nadie puede olvidar que la Constitución de 1991 tuvo como detonante inicial un movimiento universitario que por una vía pacífica (la violencia del narcotráfico copaba todas las posibilidades de nuevos enfrentamientos) logró que la Corte Suprema diera validez a la llamada Séptima Papeleta y a una urgente reforma institucional. Muchos de los líderes estudiantiles del momento han llegado a cargos de poder en Colombia aunque no tan pronto como en Chile.

La pregunta clave es si en nuestro país ese liderazgo joven en los estallidos recientes, en esa sociedad que necesariamente ha aprendido a manifestarse en la calle, en lo que algunos llaman las "revoluciones intermitentes", tiene posibilidades de ser protagonista de cambios bien sea estructurales o electorales. En medio de las protestas se habló de la necesidad de votar para hacer realidad las consignas de la movilización. Sin embargo, en las recientes elecciones de Congreso subió dos puntos la abstención respecto al 2018 y no parece posible que se haya dado un crecimiento del voto de los jóvenes entre los 18 y 24 años.

Aunque en las encuestas el 75 por ciento dice que votará las presidenciales

las expectativas están cercanas al 35 por ciento. Muy por debajo del cincuenta por ciento de participación nacional. La última gran sorpresa electoral en Colombia tuvo en buena medida la ausencia de los votantes primerizos como la gran protagonista. El 81 por ciento de los jóvenes entre 18 y 24 no votaron en la decisión sobre el plebiscito por la paz. Luego vimos marchas y otras movidas jóvenes para defender los acuerdos de La Habana. Y el apoyo del presidente Iván Duque corresponde en un 66 por ciento a los mayores de 56 años. De modo que la desconfianza en las autoridades y el sistema democrático se muerde la cola: los jóvenes no votan porque no creen en las posibilidades de cambio por esa vía y el régimen se atornilla y se desprestigia con la respuesta a las protestas.

Buena parte del resultado de las elecciones presidenciales tiene que ver con las expectativas en la participación de quienes apenas estrenan la cédula para las elecciones aunque la tengan gastada para las requisas. En la última encuesta del Centro Nacional de Consultoría los jóvenes marcan así: Petro 52.5 por ciento. Fico 15.7 por ciento, Rodolfo Hernández 8.3 por ciento, Fajardo 3.4 por ciento. Pero, como ya dijimos, del 75 por ciento de esos jóvenes que dicen van a votar apenas cerca del 35 por ciento se levantará el domingo 29 de mayo, al menos si se cumplen los promedios de elecciones anteriores.

El voto de los jóvenes no es garantía de cambios infalibles. Es imposible cualificar a los votantes por sus años y hoy sabemos que en solo dos meses el gobierno de Boric ha perdido un poco menos de quince puntos de favorabilidad. Y entre nosotros algunos mandatarios locales salidos del mundo de la protesta social se han integrado muy pronto a las redes clientelistas. Las redes sociales han facilitado las convocatorias a las manifestaciones y han logrado que el lenguaje común del humor tenga resonancia en jóvenes alérgicos a los discursos. Para muchos Gabriel Boric venció a su rival de la derecha José Antonio Kast en segunda vuelta a punta de memes y mensajes del movimiento cultural más cercano a los universitarios. Pero también se ha dicho que las redes han convertido la política en una escena más facciosa y sectaria. Hace casi diez años un exanalista de la CIA, Martín Gurri, escribía en su libro *The revolt of the public* que los recién llegados a la política, los tribunos de las redes, están más para "protestar y derrocar que para gobernar". La indignación y la viralidad son señaladas como nuevas marcas de la política y las vemos en todas las democracias: avalando el triunfo de Trump, el ascenso de Bukele o la campaña perpetua de López Obrador. Veremos entonces qué pasa en nuestro país con la promesa de los jóvenes de romper la urna. ☹

El trece de Schoenberg

por LUISA SALAZAR

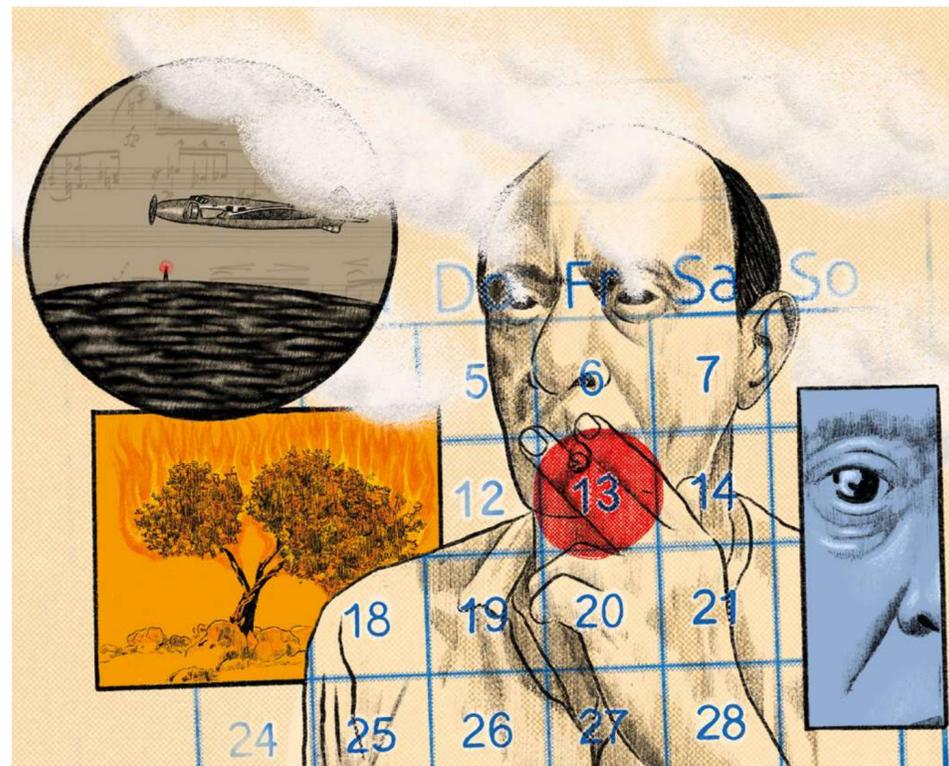
• Ilustración de Rarónica

El día que Arnold Schoenberg cumplió 66 años fue un día feliz. Finalmente había terminado los 65. Tenía trece años de tranquilidad por delante. Trece, veintiséis, 39, 52, 65, años todos terribles, múltiplos de trece en los que existía un peligro inminente. Peligro quién sabe de qué, peligro de todo. Pero por el momento estaba a salvo, hasta que cumpliera 78.

Schoenberg le tenía terror al número trece. Tuvo la mala suerte de nacer un día trece. Trece de septiembre de 1874. Al menos fue un domingo y no un viernes. Tuvo incluso la peor suerte de haber nacido en un mundo que se desbarató, que colapsó. La ironía es que él mismo era, en cierto sentido, el destructor de una parte de ese mundo. Nació en Viena, cuando Viena era la capital del imperio austrohúngaro y cuando el imperio austrohúngaro era una potencia. Pero luego de la Primera Guerra Mundial el imperio ya no existía y el mundo era un lugar completamente diferente.

Imaginense la Viena de principios del siglo XX, el centro cultural del mundo. La ciudad de Mahler, Freud, Klimt, Wittgenstein, Adolf Loos, Stefan Zweig, Theodor Herzl. Durante un breve periodo en 1913 vivieron allí, a pocos kilómetros unos de otros Hitler, Trotski, Tito y Stalin. En ese lugar del mundo y de la historia vivía también Arnold Schoenberg y él mismo era uno de los líderes de la modernidad.

Viena era, sin lugar a dudas, la capital musical del mundo occidental, un mundo en el que en los últimos tres siglos había reinado la música tonal, con reglas establecidas que todos los compositores seguían y que eran inquebrantables. Toda la música tenía un centro tonal, un sonido al que siempre se volvía dentro de una misma pieza. Por poner un ejemplo sencillo pensemos en la canción del cumpleaños: Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, cumpleaños peranita, cumpleaños feliz. Lo que está en negrilla está afinado en el centro tonal, que domina durante toda la canción y al que siempre se vuelve. Hasta que llegó Schoenberg a romper con todo, a cambiar las reglas, abriendo las puertas a la eliminación del centro tonal. Se inventó el sistema dodecafónico, que usa los doce sonidos de la escala cromática (las siete notas: do, re, mi, fa, sol, la, si, más los cinco semitonos que hay entre ellas, que son do sostenido, re sostenido, fa sostenido, sol sostenido y la sostenido) en igual medida dentro de una pieza musical. Esto hace que no haya un tono que prevalezca dentro de una composición, como en la canción del cumpleaños. De repente la música podía sonar "mal", o más bien lo malo se volvió una cuestión de gusto y no de regla estética. No es exagerado decir que Schoenberg cambió completamente y para siempre el rumbo de la música.



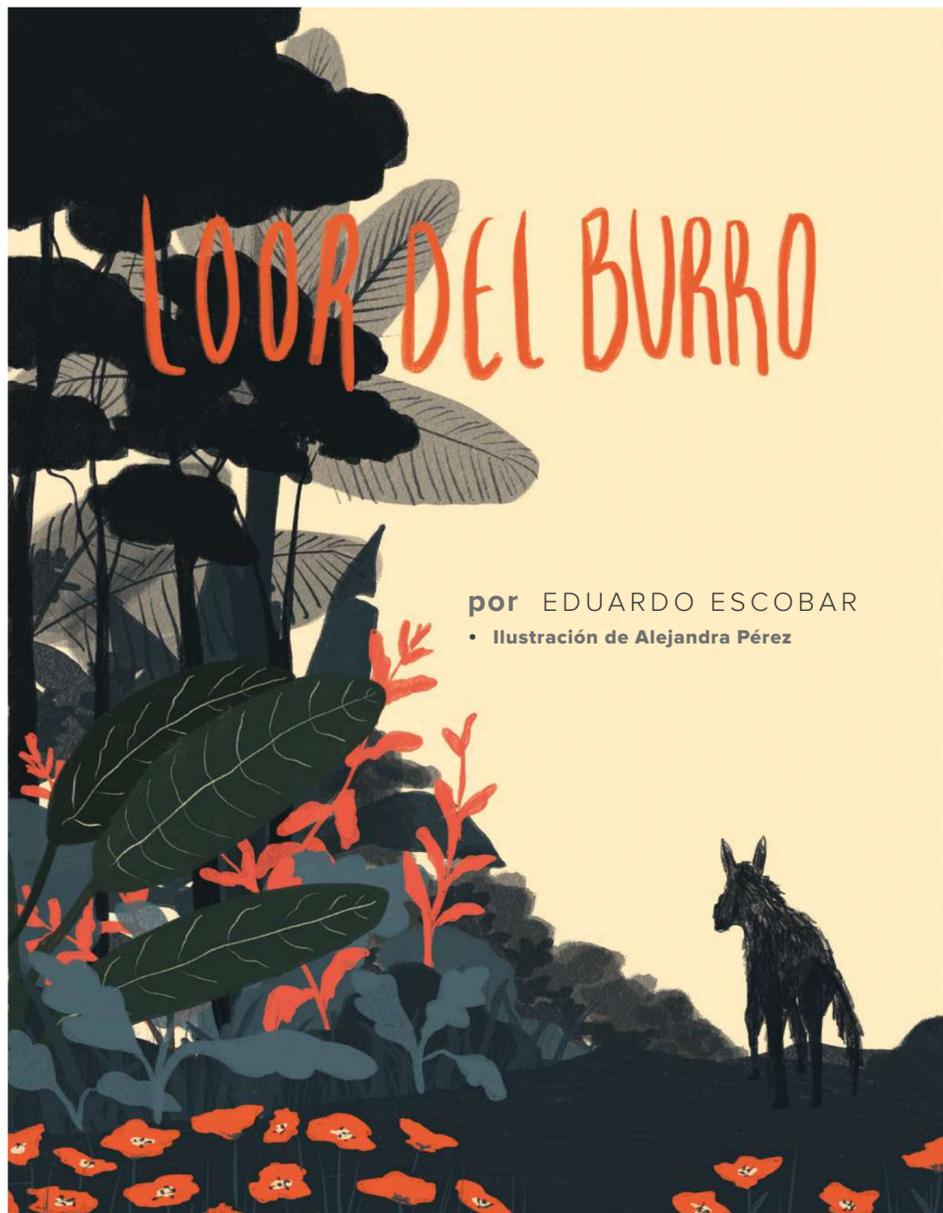
quitó una A al nombre para que la suma de sus letras diera doce y no trece.

Cumplir 66 años fue un alivio, la garantía de trece años más de vida. Pero Schoenberg estaba equivocado, vivió con miedo a los años que no eran y solo se dio cuenta al final. Cuando cumplió 76 un astrólogo le dijo que justo ese era un año de gran peligro porque sus cifras sumaban trece, 7+6. No eran los años múltiplos de trece a los que hubiera tenido que temer, era a los años cuyos números sumados dieran trece. Le llegó esa advertencia para la que no estaba preparado y uno se lo puede imaginar descubriendo el horror, haciendo cuentas y revisando su vida bajo esa otra cara del número trece.

El primer año en la vida de un hombre en que las cifras de su edad sumadas dan trece es 49, 4+9. Un mes después de haber cumplido 49 murió su esposa Mathilde y un mes antes de cumplir cincuenta él se volvió a casar. El segundo año en que las cifras suman trece es 58, 5+8. A sus 58 años los nazis subieron al poder y Schoenberg lo perdió todo. Estaba en la cima de su carrera como compositor, era el director de la clase maestra de composición de la Academia de las Artes de Prusia y de un momento a otro todo cambió. Estaba de vacaciones en Francia cuando le advirtieron que no regresara a Alemania, que si lo hacía lo más seguro es que no volvería a salir vivo de allí.

Luego llegó a su año 76, 7+6, el trece de septiembre de 1950 y solo quería que pasara ese año rápido para salir de esa cifra maldita. En julio de 1951 a dos meses de cumplir 77 sucedió lo peor, el día trece del mes cayó un viernes. Viernes trece. Schoenberg se quedó todo el día en casa, en cama, para prevenir cualquier

accidente. A medida que pasaban las horas se sentía más deprimido y temeroso, y entró en un estado de aflicción y abatimiento tal que su esposa llamó al médico. El viejo compositor solo esperaba que dieran las doce para que el día terminara. Los minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma, el cuerpo y la mente de Schoenberg era una corriente desbocada que llevaba toda su vida creciendo y ahora era imparable. Quince minutos parecían eternos y el tiempo estancado en ese día terrible. Pero ya nada se podía hacer, la fuerza del trece no se podía detener. El poder de los números sobre el alma



por EDUARDO ESCOBAR

• Ilustración de Alejandra Pérez

Una vez dos hombres caminaban por una trocha, por los lados de San Antero, a buen paso, y los dos llevaban sombreros, aunque de distinto modo. El uno llevaba un desgastado sombrero de cañaflacha que había olvidado su forma, y el otro un sombrero de tela azul, de filipichín, nuevecito. Era obvio que caminaba por necesidad el que calzaba sandalias trespuntá. Y que el otro, el que llevaba los zapatos de la misma tela y del mismo color del sombrero, se afanaba por hacer gimnasia, tal vez por recomendación de algún médico sádico que quería amargarle la vida. El primero llevaba un burro de cabestro. El otro iba limpio de responsabilidades, sin obligaciones, como si dijéramos.

Y dijo el dueño del burro. Yo podría comprar un buen caballo, si quisiera, no vaya a pensar. Plata no me falta. Pero prefiero este burro de apariencia humilde. Es muy noble, ahí donde lo ve. Y hasta cariñoso. A veces le gusta rascarse la cabeza contra mí. O descansarla en mi pecho como un niño. Y en ocasiones, cuando vuelvo a casa, sale a recibirme como un perro agradecido. No, no lo tengo por resignación. Porque me dé lástima el abandono de los burros. Porque no tenga otro remedio.

Amo mucho este animal. Me gustan los burros. Los burros suelen asociarse con la pobreza, pero a veces también les sirven a los ricos, usted debe saberlo, por la cara que tiene. Se encuentran, aunque no abundan, buenos burros de montar, de buen porte y buena alzada, que se dan mañas para marchar con el garbo de un alazán.

Además, un buen burro yegüero puede valer su peso en oro. Dijo el otro, por no llevar la contraria. Y pensó. Algunos escritores como Claudio Eliano suponen que la yegua recibe al burro con asco, como una afrenta. Pero no es cierto. Al fin y al cabo, si una yegua quiere resistirse, resultará invencible, por más audaz que sea el burro y por más ganas que tenga de desahogarse. Y ahí están las mulas, de todos modos, para corroborar la fertilidad de sus escarpiamientos amorosos. Lo pensó. Pero no dijo ni mu.

Por el camino lo alcanzó una nube de polvo dorado, dando vueltas, haciendo remolinos, embudos. Hacía mucho viento aquella tarde por los lados de San Antero. El sol era casi rojo, el cielo más que azul, y arriba, altos, los gallinazos se entretenían planeando, dejándose llevar placenteramente por las corrientes de aire, vestidos de negro, como para un funeral.

El del sombrero de tela se acordó de una cosa que había oído y que a veces atestiguan los escritores regionales. Que en algunos pueblos de la costa, abren o abrían, prostíbulos de burras donde los muchachos hacían sus primeras armas. Y se acordó del poema de amor que le dedicó a su burra de la adolescencia el poeta Gómez Jattin, que en paz descansa. Y recordó también que muy cerca, en San Antero, suelen hacer reinados de burros como en otros municipios realizan reinados de muchachas.

Su majestad el asno, un animal tan desdeñado, suele asociarse también con la torpeza intelectual, puesto que no es más que un pobre más de carga en este mundo, con sus orejas hiperbólicas. Y su única virtud reconocida es la paciencia. Dijo uno de los dos. Pero que hablen de la paciencia de los burros los que no han recibido una patada de burro. El burro puede ser enérgico a la hora de expresar su inconformidad.

A pesar de su aparición repetida en nuestros anecdotarios no hacemos mucho por realzar la majestad antigua y terrible del asno. Dijo el segundo hombre. Siempre en plan de descender. El burro es un animal comprometido políticamente, como si dijéramos, puesto que tuvo que ver en el primer asesinato revolucionario, según el mito. Caín,

representante del nuevo orden agrícola, al abrir el camino de la civilización con el sedentarismo, debió asesinar, en beneficio del progreso, con una quijada de burro, a su retrógrado hermanito. Abel era un nómada recalcitrante, un reaccionario, como se diría ahora, que se negaba a fundar un hogar, insistía en vagar por la inseguridad perpetua de los campos y se empeñaba en dormir a la intemperie. El poeta semita olvidó contarnos qué clase de muerte tuvo el mamífero que sirvió para el primer homicidio. Y por manos de quién. No importa mucho de todos modos.

Un bus lleno de bultos en la parrilla y de gente sudando la gota gorda en la cabina, pasó rumbando e hizo sonar sus ofensivas trompetas. Y el burro se detuvo un momento, alertando las orejas llenas de briznas de yerba. El sol comenzaba a caer con su lentitud característica. Y el polvo que lo seguía se asentó para descansar y esperar los chispazos de las primeras estrellas. Pero estas se iban a demorar aún un rato.

En su discurso contra Apión, dijo el dueño del burro, si no fue el otro, Flavio Josefo refuta con indignación la teoría, descabellada para él, como buen judío que era, según la cual detrás del velo del templo los sacerdotes mimaban un burro vivo o la cabeza de oro de un burro. Lo cual convertiría al pobre burro en el mismo Dios innombrable del pueblo elegido. Es difícil de creer. Y sin embargo puede ser. Porque todo puede ser en este mundo donde suceden tantas cosas. Incluso que los burros sean endiosados. Sucedió otras veces, como tal vez le cuente más tarde, si tenemos tiempo.

De cualquier manera, sea verdad o mentira, el burro ocupa un lugar de privilegio en la historia sagrada de Occidente. En la misteriosa anécdota de Balaam, por ejemplo, cuya burra vio el ángel del Señor antes que él, y le recriminó porque la azotaba con voz desabrida, de burra. Y en la del asno de Buridán, que usaron los filósofos en la Edad Media para discutir el problema espinoso del libre albedrío. Y como mereció un lugar honroso junto a la cuna del Dios encarnado, también tuvo uno trágico en el drama de la redención.

La víspera de ser izado en el patíbulo, Jesús entró en Jerusalén montando, no un caballo como un César romano, o como un guerrero griego ni como un jugador de polo, sino en un humilde pollino, para juntar en el símbolo la humildad y el orgullo. Aunque entre, en el libro de Job, en el catálogo de los animales inmundos, y aunque estuviera prohibido por las leyes mosaicas unirse al arado, el asno y el buey al mismo tiempo, el burro nunca perdió su extraña preeminencia histórica. Dicen que Pitágoras vivía en presencia del espíritu de su amigo Califonte. Quien le aconsejó no cruzar jamás por donde se hubiera echado un burro. Y que se cuidara de la calumnia. Pero los burros han sido los más calumniados de los seres de cuatro patas. Tanto como le tocó padecer a Pitágoras de parte de los adversarios de sus reformas aritméticas.

El modesto burro, uno de los más despreciados entre los cuadrúpedos, contó con un papel ilustre en la ilustre literatura de Occidente, la religiosa y la profana. Mire usted el burro de Sileño, dios de la risa y la borrachera, que mereció el Olimpo, y el asno de oro de Apuleyo, y los burros encapuchados que a veces tomaban parte en las rondas de las orgías de Dionisos. Y acuérdesse del burro inmortal de Sancho Panza. Puede que carezca de nombre, pero ahí sigue con su fama, con el mote de rucio, por el color deslucido.

Habían llegado a un cruce de caminos. Donde abría una tienda. Y decidieron tomar una cerveza antes de seguir la marcha. El dueño de la tienda destapó las cervezas con mano temblona, y el

hombre del burro dijo en voz baja: esta cerveza me sabe a meados de burro. Y usted me hace acordar, dijo el otro, de un personaje de Juan Rulfo que dijo lo mismo en un cuento de ese incomparable escritor mexicano. Pero yo me pregunto si Rulfo probó alguna vez los meados de burro. Es un decir, aclaró el otro, dejando chorrear un poco de cerveza en el piso del tenderete, para alimento de las ánimas, según la costumbre popular.

Rulfo no hubiera necesitado mencionar los burros en sus libros. Sus paisajes los presuponen. Paisajes como estos. Desnudos, de soles mordientes y piedras sueltas y pajonales y cactus sedientos. Esta mañana, a propósito, me encontré unos burros en la novela de Vargas Llosa sobre el finado Palomino Molero.

El hombre del burro dejó que el otro pagara las cervezas. No soltó un instante el lazo de su compañero ni siquiera para meter la mano en el bolsillo. El dueño de la tienda recibió la paga y agradeció con un escupitajo entre sus pies descalzos y un gruñido de despedida. Y mientras seguían su derrotero, el del sombrero de tela, continuó de esta manera.

En los textos orientales el burro es un motivo recurrente. No soltó un abundan los comentarios donde aparece el burro en medio de los pormenores legales que plagan ese libro abstruso. Si un burro se come una viña, el dueño del burro deberá pagar el daño al de la viña. Y en los tiempos de la formación de Europa, todavía se juzgaba a los burros como sujetos judiciales. Y llegó a darse el caso de la excomunión de algún burro que en su despiste se comió una hostias consagradas. En *Las mil y una noches*, un libro pródigo en engaños, hay una historia en la que un ladrón finge ser el burro desencantado de un viajero. Pero olvidé los pormenores. Usted puede buscar el cuento. El libro es fácil de conseguir.

En nuestra provincia literaria los burros suelen padecer a los fabulistas que los ponen a hacer tonterías casi siempre. Juan Ramón Jiménez intentó en vano devolver la dignidad a los burros con su *Platero*, en un libro muy famoso hace años, que ayudaba a dormir los niños con las aventuras insípidas de un burro andaluz. Siempre me pareció que Juan Ramón Jiménez no redime los burros con ese pollino lírico y meloso, sentimental como un sacristán de antes. Digamos que *Platero* no es más que otro burro en el reparto de los burros de la película del mundo, entre el anónimo que puso la quijada para el primer fratricidio y los que cuidaba el rey Saúl, pastor de burros, y primer monarca coronado, fíjese en la analogía, y el burrito del pesebre y la pollina que condujo a Jesús a Jerusalén para que fuera crucificado.

Yo me imagino los burros de Juan Rulfo muy parecidos a los burros que circulan por todos estos pueblos costeros. Con un mulato sentado en loto en el duro lomo, gritando un canto de trabajo, o haciéndole la segunda a una canción que resuena en un radiocito de pilas remendado con pedazos de esparadráp. Y fíjese usted que en Boyacá, otra región de burros en Colombia, casi nunca los montan. Los boyacenses parecen ser más respetuosos con sus burros. Allá son animales de pura carga. Para llevar leña y agua. Ni siquiera los niños los cabalgan. Pero cabalgan tal vez no es la palabra adecuada. Aunque el burro, de cualquier modo, pertenece al género equus con el mismo derecho que los caballos. Y las mulas. El burro no es más que el proletario de los equinos, si uno quiere. Pero es mucho más que eso también.

En la conquista de América existe un burro inolvidable, que fue convertido por azar en divinidad, aunque a la postre acabó sus días en una barbacoa para

calmar el hambre de un misionero español, añadió el hombre del burro con tristeza, mientras descendían hacia una aldea donde raleaban unas casas pajizas con las cumbres rotas, las fachadas carriadas y las ventanas cegadas con tablas podridas. Y al entrar en las primeras calles, su burro fue saludado con rebuznos por unos congéneres que curaban la sed en una poceta de agua sucia. El burro del hombre rebuznó también en señal de reconocimiento, pero sin mucho entusiasmo, valga la verdad.

El hombre que no era el dueño del burro sonrió ante el agasajo. Y el otro siguió diciendo por su lado, mientras palmeaba con cariño las enflaquecidas ancas de su compañero, conozco la historia. Y el otro dijo, los historiadores suelen recordar a Belalcázar que fue porquerizo antes de emprender el viaje americano. Y recuerdan al perro Leoncico, que descubrió la mar del sur para mayor gloria de su amo. Pero suelen olvidar al Conquistador. O Marubare, como también se le nombró, en son de sorna, como vamos a ver si me deja acabar la historia sin interrumpirme, porque se acerca el momento de separarnos.

El pueblo vacío se caía a pedazos. El viento batía las puertas desajustadas. La iglesia estaba en ruinas, convertida en palomar la pequeña torre donde faltaba la campana. Unas cabritas comían arbustos espinosos, ropa vieja, zapatos, latas de sardinas. Un perro cunido por la sarna dormitaba bajo el aviso borroso de la abandonada estación de policía. Y un gallo solitario en la puerta de la farmacia cerrada aleteó de puro aburrimiento. Iba a cantar, pero se arrepintió. Y solo emitió una serie de gorgoritos de rey viejo.

Los historiadores suelen olvidar en sus narraciones de los días del descubrimiento del altiplano cundiboyacense, y de la fundación de Bogotá, ese burro de origen español, sobreviviente del naufragio de unas carabelas en las primeras circunnavegaciones europeas frente a las bahías de Santa Marta. Ese burro dobló su buena suerte. Después de salvarse del desastre, cayó en manos de los canibales que habitaban esas costas azules adonde no habían llegado todavía los odores con sus orejas acuciosas, ni los obispos con sus mitras tan parecidas a las orejas de los burros, ni los políticos con sus componendas, ni la idea salvaje de que tenemos derecho a servirnos de los otros animales para lo que se nos ocurra. Con los canibales no le fue tan mal al pobre burro como le había ido desde el comienzo del mundo llevando canastos y haces de leña mojada y jinetes pasados de kilos. Y como le habría de volver a pasar, andando el tiempo, cuando fuera rescatado por sus compatriotas ibéricos, más inescrupulosos. Con los indígenas le mejoraron las cosas. No hay duda. Nunca se sintió tan bien atendido un naufrago.

Los aborígenes que presenciaron el hundimiento de la nave frente a sus costas quedaron asombrados ante la criatura orejona surgida de las olas, con sus ojos de inocencia llenos de pestañas y de susto después del chapuzón. Y lo llevaron entre mimos a su poblado, soplando carrizos y danzando al son de unos atabales, según me imagino. Era un ser precioso y nuevo para ellos. Digno de toda fiesta y de toda alabanza. Con fatigas, palancas y maromas, sin interrumpir los cantos, como es dable suponer, lo subieron a la cresta del risco donde vivían. Lo instalaron en una bástlica improvisada, un ramada que había sido secadero de mazorcas y le dieron de comer en abundancia y le pusieron agua fresca, como corresponde con un dios desconocido. Y cuando rebuznaba a sus horas según el deber asignado a los burros por el Creador, paraban lo que estuvieran haciendo hasta que el desconocido terminaba de cantar y se

miraban orgullosos entre ellos como si oyeran el himno de uno de los ángeles de sus rústicos cielos.

Yo no creo equivocarme si digo que los hombres desnudos de la aldea lo convirtieron en un animal de culto a causa de sus atributos y de las micciones abundantes de su falo monumental, que las muchachas fantaseaban con el apéndice entorchado y que hablaban entre ellas, a escondidas, de su tranca olímpica y lo adornaban con diademas de flores de orquídeas de la sierra con admiración, ocultando sus sentimientos para no ofender a sus novios. Y los niños, con mucha seguridad, le mojabán el hocico con miel de abejas, esperanzados en que les daría una trola así de milagrosa cuando estuvieran mayorcitos, en edad de procrear.

Así fue como resonó el primer rebuzno en tierra firme en Colombia, dice uno de los cronistas mayores. Y desde entonces no han cesado de rebuznar por aquí. Lo digo sin ironía, dijo el dueño del burro. Respeto mucho a los burros para comparar los burradas inocentes con nuestros despropósitos y nuestras corrupciones. O para burlarme de la estupidez de ciertos alcaldes a su costa, como hizo Cervantes en su libro glorioso. El hombre del burro soltó un reglido y se quejó. Esa cerveza me cayó como si hubiera estado envenenada.

Allá, convertido en una encarnación divina, encontraron al dichoso burro, divinizado, los primeros expedicionarios españoles rumbo a Bogotá, al mando de Gonzalo Jiménez de Quesada. El cronista cuenta el asombro de los hombres del granadino al escuchar un rebuzno inesperado en aquellas tierras sin burros posibles. Y narra cómo enviaron exploradores a buscarlo y cómo lo descubrieron por fin, entregado a la gran vida, encima en el peñol remoto, donde los indígenas lo habían encaramado a punta de lazos y de rezos. Los españoles lo bajaron en angarillas entre maldiciones, como a un burro cualquiera, porque acostumbrado como estaba a ser tratado como un príncipe, se resistió. Y lo invitaron a la fuerza a acompañarlos en el camino del altiplano, donde iban a fundar la capital de este país desmesurado. Sin prestar oídos a las protestas de los indígenas que ya lo consideraban suyo ni parar mientes en la repulsa del animalito. Y lo nombraron Marubare. En recuerdo del cacique que lo había tenido bajo su cuidado y a quien lo arrebataron después de combatir con él por la presa.

Así fue como Marubare debió asistir, impertérrito, a la misa de la fundación de la ciudad capital de Colombia, juntando las orejas piadosamente, a falta de manos, al cabo de la travesía inhumana por los pantaneros rojos de Santander y por los lodazales del río Magdalena arriba y por los helajes de la emparamada Tunja. Rebajado a burro común y corriente otra vez, a simple feligrés necesitado, después de haber sido un dios, aunque fuera un dios pagano, pero un dios al fin y al cabo. En la marcha, los tropeleros de Jiménez de Quesada olvidaron a la larga el primer nombre de Marubare que le habían puesto al principio, para concederle el sobrenombre de Conquistador, en son de bafa. Una mordacidad más que un título, aplicado a un burro convertido en un simple carguero de bastimentos y peroles.

Fue el primer burro que pisó esas tierras, agrega fray Pedro Simón en las *Noticias Históricas*. Y habría de pisar otras. Porque después el sargento Salinas lo llevó a sus entradas, dice el historiador, por los lados del Huila cuando fueron en busca del inhábil El Dorado. Y más tarde pasó a manos de un tal Juan de Montalvo. Y luego acompañó otro tiempo al hermano de Jiménez de Quesada cuando este lo dejó por

lugarteniente de la sabana, mientras fue a España a resolver sus enredos de ladrón, que no le faltaron, con razón y sin razón.

Por último, dice el fraile en sus noticias, sirvió a Vicente de Requesada, un agustino venido con Nicolás de Federman. Las crónicas no cuentan los pormenores del negocio, si lo intercambiaron por un puñado de esmeraldas o por algún tunjo de tumbaga o unas mantas. Ni cómo Requesada, cura en Tunja y encomendero de Moniquirá, después de recibir mil beneficios del jumento, a la vuelta de una jornada de la cual venían desbaratados y hambrientos, lo sacrificó para comérselo, porque el sacrificio es muchas veces el destino de los dioses. Sin desperdiciar cosa, dice la crónica. Pues con la sangre y las tripas hicieron morcillas de burro. Y consumieron hasta el cuero cocido para que los indios del montón y los simples troperos mercenarios también participaran del homenaje. De este modo sirvió bien en vida. Y mejor muerto. Dice sin remordimiento el cronista.

Así recompensó el cura Requesada a un dios degradado, que le prestó servicios invaluablemente en su papel de burro. Uniendo la ingratitud al sacrilegio.

Nietzsche dijo que el rebuzno del burro suena como un canto en las orejas del tigre. Finalizó el hombre su gesta burresca. Lástima que debamos separarnos. Podría decirle otro montón de burradas para convencerlo de la sinceridad de mi amor por mi burro. Pero debemos despedirnos aquí.

Y se separaron. Y el hombre del burro siguió su camino con su burro detrás, y agitó su sombrero roto. Y el otro hizo lo propio con el suyo, para no ser menos, haciendo media reverencia. Y llegó tarde la noche ya a Tolú. Que era su destino, cuando hasta los burros estaban profundamente dormidos y empezaban a brillar las estrellas que un poeta llamado Baltasar Gracián, nombró gallinas de los campos celestiales. Con una metáfora que a Borges le sonó prosaica y cómica pero que a mí me parece muy bella a pesar de la aparente crudeza. Y por qué no pueden compararse las estrellas con las gallinas cuando un poeta árabe antiguo, pasado de licencioso, se atrevió a llamar al sol ojo del culo del cielo. Y fustigó a la luna comparándola con las trotanoches que andaban a la caza de novios por las esquinas de Toledo. ©



QUIERO UN PRESIDENTE

“

Quiero una lesbiana de presidenta. Quiero una persona con sida de presidente y un maricón de vicepresidente y quiero a alguien sin seguro médico y que haya nacido en un lugar donde la tierra esté tan saturada de desechos tóxicos que no haya podido elegir si le daba leucemia. Quiero una presidenta que haya abortado a los dieciséis y quiero un candidato que no sea el menos malo. Quiero un presidente que haya perdido a su amante por culpa del sida, que todavía lo vea cada vez que cierra los ojos y sepa qué se siente abrazar a alguien que se muere. Quiero a un presidente que no tenga aire acondicionado, que haya hecho fila en la clínica, en la EPS, en la oficina de bienestar social y haya estado desempleado, que haya sido despedido, acosado sexualmente, agredido por marica y que haya sido deportado. Quiero a alguien que haya pasado la noche en la cárcel, al que le hayan quemado la casa y que haya sobrevivido a una violación. Quiero a alguien que se haya enamorado y sufrido por amor, que respete sexualmente a los demás, que haya cometido errores y aprendido de ellos. Quiero una mujer negra de presidenta. Quiero a alguien con los dientes torcidos y con actitud, alguien que haya comido esa asquerosa comida de hospital, alguien que se travista y haya consumido drogas y estado en terapia. Quiero a alguien que haya sido acusado de desobediencia civil ...Y quiero saber por qué esto no es posible. Quiero saber en qué momento empezamos a creer que un presidente es siempre un payaso. Siempre un proxeneta y nunca una puta. Siempre un jefe y nunca un trabajador. Siempre un mentiroso, siempre un ladrón, que permanece impune

”

Del original "I want a president" Zoe Leonard (1991)
Traducción por editorial Salvaje, Diego Uribe Holguín, Colombia (2018)

Quiero un presidente es una acción de reflexión y participación colectiva que convoca al pensamiento crítico a partir de un hecho concreto; un poema que busca una transformación de la inercia electoral en la que vivimos desde que existe la democracia en América. Un acto poético que pone en tensión una pregunta concreta a partir de un texto de 1992, y que ahora en época electoral, treinta años después, sigue vigente: **¿quién puede ser un presidente en nuestro país?**

Leer el texto aquí y ahora nos recuerda que nada de esto resulta del todo ajeno y explica por qué durante treinta años sigue circulando. Por ejemplo, en Bogotá, en 2018, Espacio Odeón y editorial Salvaje lo tradujeron e invitaron a creadorxs del país a construir nuevas versiones en el contexto colombiano.

Los resultados se compartieron en quierounpresidente.espacioodeon.com y fueron leídos en público como previa a la segunda vuelta electoral.

Hoy, cuatro años después, algunas cosas parecen haber cambiado: el Paro Nacional llevó a multitudes a las calles, a pesar del confinamiento; cada vez más lxs personas participan activamente de la política; la Corte despenalizó el aborto hasta la semana 24. Esto nos hace pensar en la potencia de la construcción colectiva, pero abre nuevas dudas sobre el futuro.

Así, con las preguntas que nos dejan el trabajo de Leonard y Myles, la situación del país y la incertidumbre de lo que vendrá -o no-, desde Exploratorio - Taller Público de Experimentación del Parque Explora, *Universo Centro*, La Bruja Riso y Espacio Odeón pensamos

en una serie de reflexiones alrededor de esas preguntas que nos hacemos.

Tendremos un **laboratorio de escritura colectiva** orientado por la poeta Manuela Gómez y la diseñadora Laura Pérez, quienes mediarán la investigación, discusión, escritura y diseño de un texto colectivo, con el cual queremos seguir construyendo múltiples miradas y reflexiones. De la mano con diez artistas, activistas y escritorxs de Medellín se diseñará un texto colectivo cuyo resultado será impreso en La Bruja Riso y difundido a través de *Universo Centro*.

A través de activaciones, obras y acciones se contextualizará el laboratorio, con la idea de agitar otras reflexiones, visitar otras visiones sobre los temas tratados e invitar a la ciudad a opinar.



www.confiar.coop

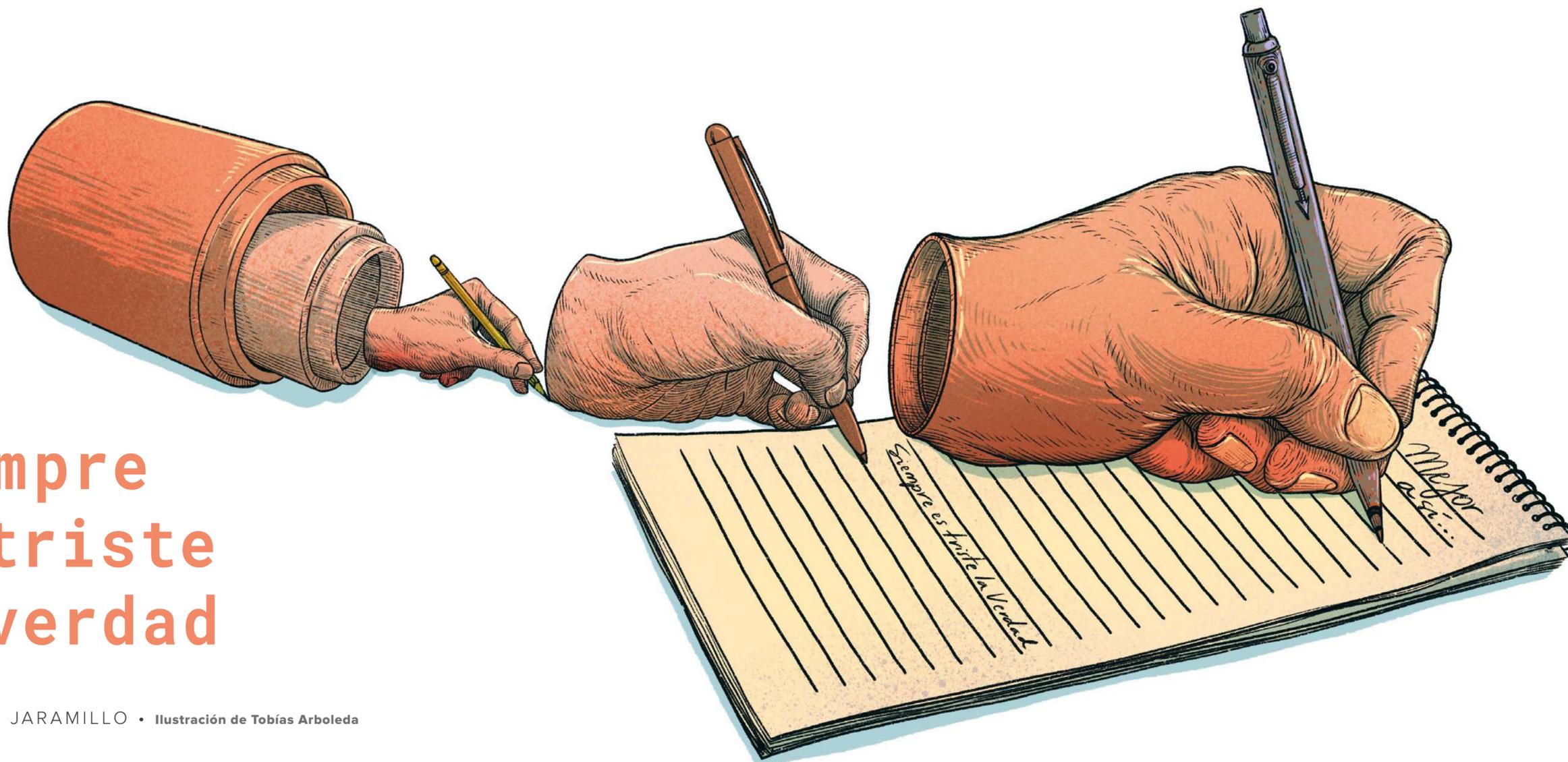
Tus Aportes Sociales **dan para todo**

Dan para llevar agua a una vereda, para hacer y regalar libros y para proteger un bosque.

Dan para que más personas tengan vivienda propia, para poder tener tarifas justas en nuestros productos financieros, dan para dar becas, y para que todas y todos disfrutemos del bienestar.

VIGILADO SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

La diferencia está en **confiar** COOP



Siempre es triste la verdad

por CAMILO JARAMILLO • Ilustración de Tobías Arboleda

Debió ser en 2003, quizás en 2004, en cualquier caso no pudo ser en 2005 porque para entonces ya me había graduado de la universidad. Siempre he tenido mala memoria. Ni siquiera puedo asegurar para qué curso lo escribí (¿sería para Géneros y lenguaje, con Carlos Mario Correa, o para Periodismo cultural, con Carlos Uribe de los Ríos?). Lo cierto (¿pero qué es lo cierto aquí?) es que el texto era una entrevista a Octavio Escobar, el escritor caldense autor de *El color del agua*. La entrevista se titulaba “Un tipo normal llamado Octavio Escobar” y comenzaba de este modo:

La luz verde oliva de la lámpara del bar chorrea sobre la cabeza de Octavio mientras él bebe de su cerveza, despreocupado. Al fondo, resuena una canción de Coldplay y yo estoy tranquilo, curiosamente tranquilo, como si me encontrara acompañado por un viejo amigo y no con uno de los escritores más importantes del país en la actualidad.

—Hablemos de los concursos literarios —le propongo.

—Me parece bien —responde.

No todo lo que Octavio Escobar toca lo convierte en oro, pero casi todo lo que escribe lo convierte en premio. Es quizás el escritor colombiano que más concursos nacionales ha ganado recientemente en el país. El año pasado, por ejemplo, recibió el Premio de Cuento

Universidad de Antioquia por su libro *Hotel en Shangri-Lá* y el primer premio en la VIII Bienal de Novela José Eustasio Rivera con *El álbum de Mónica Pont*.

—Fue muy curioso —me dice sobre el concurso de la Universidad de Antioquia—. La noticia me la dieron un 20 de septiembre, que era un viernes, y el lunes, cuando llegué a Manizales, me dijeron que me había ganado la Bienal, entonces todo el mundo empezó a bromear: “¿Te vas a ganar dos premios por semana?”.

La verdad, aún ahora me parece un buen inicio. Es ágil, fácil de leer, nos pone en situación. Diría incluso que es una buena entrevista si no fuera porque yo nunca conocí a Octavio Escobar.

Permítanme explicarme: yo era un estudiante acucioso que sin embargo había pasado por una de esas relaciones amorosas que te parten en pedacitos, y así, hecho polvo, no quería salir a reportear ni ir a clase (ya saben cómo es cuando se pone el corazón en juego y se pierde). Pero tampoco quería tirarme el semestre. Acosado por el final de la materia, escribí esa entrevista mentirosa aprovechando que había leído todo sobre Octavio Escobar, desde sus cuentos infantiles hasta *De música ligera*, mi favorito. También otro montón de entrevistas publicadas en periódicos y portales. Todavía me pregunto de dónde saqué respuestas como esta:

—¿A qué horas escribe?

—Escribo cuando tengo ganas, a veces durante horas, otras veces unos minutos y ya no más. Debo aclarar, sin embargo, que me encanta caminar, y cuando lo estoy haciendo es cuando estructuro mis historias y converso con mis personajes. Es una literatura peripatética, digamos. Así me preparo para el trabajo frente al computador.

Sonaba natural, creíble. Me cercioré bien de que nada del texto pudiera encontrarse en internet. Cada respuesta la escribí yo directamente, imaginando qué hubiera respondido el autor. No es que me creyera muy perspicaz. Lo que sentía era desamor y pereza. La nota en la materia me importaba poco: yo solo quería seguir adelante, salir de todo. Envié la entrevista por correo electrónico esperando, acaso, un 3.0.

Aquí empezaron los problemas. El profesor (¿Carlos Mario Correa, Carlos Uribe?) publicó la nota en el portal de periodismo universitario *De la Urbe*, acompañada de una foto bajada de internet. No supe qué recepción tuvo el artículo (no eran tiempos de likes entonces). Lo importante, para efectos de esta historia, es esto: Octavio Escobar leyó el texto y escribió a *De la Urbe* asegurando, con justa razón, que él nunca había dado esa entrevista. De acuerdo con el reglamento estudiantil, un hecho así podía significar mi expulsión de la universidad.

No recuerdo los detalles del proceso disciplinario. Puedo jurar que cuando

escribí la entrevista no me sentí un impostor; tampoco la había escrito para que fuera publicada (lo cual era un derecho de los profesores dentro de la estructura de la facultad: ellos podían, si querían, publicar cualquier artículo de los estudiantes sin necesidad de consultarles). Como un acusado en una sala de juicios, me sentaron frente al decano y el jefe del pregrado. Me dijeron que tendría que defenderme ante el Comité de Asuntos Estudiantiles. Ahí se definiría si me echaban o seguía en la facultad. Sin cabeza ya para pensar en desamores, conseguí el correo desde el que había llegado la queja y le escribí. Le conté todo: mi proceso pos-Carolina, mi proceso disciplinario. Octavio, que al fin de cuentas había escrito historias de amor perdido como *Saide*, se congració conmigo y me envió una de las respuestas que más guardo en el corazón:

—De todas maneras —decía en su correo— es quizás la mejor entrevista que me han hecho.

Volví a escribir al portal *De la Urbe* diciendo que de repente había recordado el momento de la entrevista, llevada a cabo en un bar un día después del lanzamiento en Medellín de *Hotel en Shangri-Lá*. El correo mencionaba que entre tantas entrevistas que había dado posterior al Premio de Cuento la había pasado por alto y que por favor no tomaran represalias contra mí. Incluso se disculpaba por la confusión.

Este correo había bastado para cerrar mi proceso, aunque el texto (por

mera duda) había sido desmontado de la web. A salvo ya, le escribí de nuevo a Octavio agradeciéndole por todo. Él me devolvió el mensaje preguntándome cómo había creado la entrevista.

—Me sorprendió —decía en su email— que mencionaras mis autores de cabecera. Sobre todo a Lévi-Strauss, del que estoy seguro nunca haber hablado en una entrevista. ¿Cómo hiciste para saber que *Tristes tópicos* es uno de mis libros favoritos?

Le conté sobre mis lecturas y los apuntes que había hecho de su obra. Octavio respondía cada correo, de veras interesado; sin darnos cuenta, fuimos trabando una amistad. Durante meses, discutimos mucho sobre los autores que falsifican obras y la razón de esto. Octavio pensaba escribir un relato literario a partir mi entrevista imaginaria, y quería saber todo sobre los motivos que llevan a un autor a utilizar personajes reales. Hablamos de Janet Cook, la emblemática reportera de *The Washington Post* que tuvo que devolver su premio Pulitzer al descubrirse que el personaje de su reportaje no existía; también de Nahuel Maciel, el escritor argentino que había publicado un libro de conversaciones con García Márquez que nunca se dieron, con un prólogo de Eduardo Galeano que el mismo Maciel escribió; y hasta de Alfredo Castrillón, un reportero local que, según se decía, falseaba muchas de sus crónicas. Revisamos los textos alterados, nos maravillamos con sus estilos. Concluimos que estos

autores (como yo) no habían hecho lo que hicieron en búsqueda de fama sino por algo más elemental y hermoso: el trabajo de continuar y escribir mejor.

—Al fin y al cabo —me dijo Octavio en un correo— escribir se trata de meter mentiras del mejor modo, con las escasas herramientas que uno tiene a la mano.

Debieron pasar un par de años (o quizás más) en los que los correos electrónicos se fueron haciendo cada vez más espaciados. Hasta que supe que Octavio regresaría a Medellín al lanzamiento de su libro *1851. Folletín de cabo roto*, una novela histórica sobre la colonización antioqueña. Aprovecharía el evento de la Fiesta del Libro para conocerlo al fin. No quise escribirle (ni él me escribió) anunciándole. Sería una sorpresa y, creo, sentía cierta emoción. Puedo decir que de nadie había aprendido tanto sobre técnica literaria como de Octavio Escobar Giraldo y esos correos electrónicos que nacieron de una entrevista falsa.

El evento no lo recuerdo, o lo que recuerdo fue aburrido. Luego de terminar, Octavio (calvo, barba de tres días) firmó autógrafos y se tomó fotos con la gente. Esperé a que la sala estuviera casi vacía para acercármele.

—Hola, Octavio. Soy Camilo —le dije.

Me extendió la mano por cortejería, pero era evidente que no comprendía bien. De todas maneras, pensaba yo, solo hasta ahora nos veíamos.

—Camilo, el de los correos.

Silencio.

—El de la entrevista falsa —le dije, ya un poco ofuscado.

—Lo siento, no entiendo —me dijo.

—Hombre, el de la entrevista en *De la Urbe*, el de los correos sobre los escritores que inventaron cosas.

—Todos los escritores inventan cosas. —Me refiero a entrevistas que nunca sucedieron.

Octavio miró hacia atrás, como si yo le hablara a alguien a sus espaldas.

—Octavio, nos hemos escrito un montón de correos.

—¿Está seguro de que era yo?

—Claro, agarlon@hotmail.com. Me lo sé de memoria.

—Ese no es mi correo.

—Te estás burlando de mí —y me reí sin ganas.

Pero Octavio permanecía impasible. —¿Te estás burlando de mí? —pasé a la pregunta, sin risa.

—No entiendo de qué me está hablando.

En esas, una chica se le acercó a Octavio para que le firmara un libro. Di dos pasos hacia atrás.

—Qué pena, hermano —dije.

Octavio me miró y me dijo:

—Siempre es triste la verdad.

Llegué a casa confundido. Busqué en internet el correo del escritor y él único que me aparecía era octavio.escobar@ucaldas.edu.co. Decidí escribirle al correo de siempre. Dentro de mí guardaba la esperanza de que todo hubiera sido una confusión y aún pudiéramos

vern timer. La respuesta, desde agarlon@hotmail.com, solo tenía una pregunta: —¿Qué te hace creer que yo soy Octavio Escobar?

Le escribí un largo mensaje diciéndole que no era gracioso. Su respuesta, en ese mismo estilo interrogativo, me llegó al otro día:

—¿Y si te digo que yo también he leído todo sobre Octavio Escobar? ¿Y si te digo que me molestó que alguien lo hubiera estudiado tanto como para escribir una entrevista falsa? ¿Y si te digo que yo, que lo he estudiado más, me di cuenta de que la entrevista era falsa y, en su nombre, envié ese correo al portal?

—No puede ser —le respondí en mi correo—. Nadie se pone en esas.

—¿Estás seguro? —me respondió.

Esa noche casi no pude dormir. Al otro día le escribí:

—Yo creo que sí sos Octavio Escobar. Que estás jugando conmigo como parte del relato que querés escribir. Siempre me has dicho que las tramas, igual que la vida, hay que estirarlas a ver qué sale. Bien hecho, maestro. Yo jugué con tu nombre alguna vez y ahora vos jugás conmigo.

—Yo soy, o no, Octavio Escobar —me dijo en su respuesta—. He ahí otra lección sobre literatura: siempre se trata de confiar.

Herido, le respondí con sus mismas palabras:

—Mejor así. Siempre es triste la verdad. ☺

Elogio a las motos pequeñas

por JUANGUI ROMERO

• Ilustración de Sebastián Cadavid



Acabo de cumplir veinte años como motociclista. Uno de esos récords inútiles que no clasifica ni para las redes sociales. Es más, para muchos se trata de un error de sistema si ya tienes 48 años y tu moto es tipo mensajero y vetusta con relación a lo que ofrece el mercado. ¿Qué arreglito viene a hacer?, me preguntan los porteros de las unidades residenciales. Comprate al menos un pichirilo, me dicen algunos amigos, conmovidos por el fru fru de mi impermeable cuando llego a una reunión en medio de un aguacero. O, ponete pilas que ahora hay unas BM de segunda muy baratas, es lo que me comentan otros motivándome a engrosar ese grupo de bailarines posmodernos de ballet que en cada semáforo exhibe su destreza para permanecer en puntas de pie sobre sus impresionantes motos aún por domesticar.

Según los datos del Runt, solo en Colombia circulan cerca de diez millones de motocicletas. Un dato que sirve para entender que esta es algo así como la trigésima primera oleada de un virus cuya cepa es esencialmente machista. Así lo anunciaron después de la Segunda Guerra Mundial respetados científicos de Hollywood, quienes describieron a la perfección cada uno de sus síntomas en una película que protagonizara Marlon Brando en 1953, llamada *El Salvaje*. Luego, como cualquier emprendimiento transnacional se dedicaron a inocularlo por todo el mundo bajo la marca Hell angels (Ángeles del infierno), creada a partir de esos motociclistas que llegaban en manada dispuestos a destruirlo todo. Obviamente, con el tiempo se han presentado múltiples mutaciones que hace raro alcanzar el universo femenino.

Por eso, ante semejante evolución, hoy me atrevo a decir, desde mi experiencia, que si la moto grande reactiva la rebeldía y las hormonas de la adolescencia (claro, con la consabida posdata

que siempre tiene a mano la sabia voz del pueblo: moto grande, pipí chiquito); las motos pequeñas son, al contrario, un verdadero curso de aceptación para varones con entradas y canas, como yo. Porque nada mejor para situarse en perspectiva después de los cuarenta que andar en una moto menor... Nada transparente más la fragilidad y la idiotéz masculinas. Lo digo yo que me he visto celebrando el golpear del granizo sobre la visera del casco, regodeándome en mi ceguera a pesar de los riesgos, al soñar que soy el protagonista de una película distópica, tipo *Blade Runner*.

Todos lo sabemos, la mayor diferencia entre una moto y un carro son los centímetros cúbicos. Sí, los centímetros cúbicos de lluvia que uno recoge mientras avanza, especialmente, en las motos de bajo cilindraje. Las gigantes detectan las primeras gotas y de inmediato se activa la función teletransportar hasta casa o en el peor de los escenarios hasta los parqueaderos de los centros comerciales, donde además tienen sus celdas vip.

En temporada de lluvias, los bajos de los puentes se convierten gracias a sus estrechos y azarosos pasos peatonales en unas improvisadas islas que en muchas ocasiones no alcanzan para todos los que manejamos motos pequeñas. Y entonces la única salida es sentarse sobre ellas a hacer fuerza para

que el agua sucia no abrace la bujía. O si el poder de la masa se activa, lo que sucede es que terminamos convertidos en unos naufragos maníacos, que abucheamos en coro a los conductores de los carros que al pasar nos tiran el agua arremolinada, muchas veces de apuesta (otro coletazo más de nuestra impresionante polarización).

Y lo mismo sucede en los retenes. Las motos grandes pasan generalmente de largo. Otra vez la famosa *vox populi* dice que se trata de uno de los tantos privilegios de los ejecutivos con espíritu aventurero o de los jefes de bandas. El resto, los de las motos tipo pillo convencional, estamos condenados a las filas, las preguntas, las demoras en el sistema de comprobación. Hace unos meses me tocó ver un domingo por la mañana a un par de motociclistas, también cercanos a los cincuenta años, que le suplicaban a un agente que los atendiera un poco más rápido porque iban a llegar tarde a un partido de fútbol de un torneo empresarial, que al parecer era decisivo para el balance social de la fábrica donde trabajaban. La respuesta fue *bullying* puro y duro: los atendió de últimos.

Pero, afortunadamente, los tráficó también han avanzado en sus estrategias de sensibilización, todo hay que reconocerlo. En uno de los cursos pedagógicos que hice para acogerme al desuento por haber incumplido una norma

de tránsito, me tocó un agente que al comienzo de la charla nos pidió con gran solemnidad y respeto que lo dejáramos desayunar en nuestra presencia. Sacó entonces un trozo de papaya que empezó a morder mientras argumentaba que al igual que el resto de los presentes, él también deseaba estar haciendo otra cosa. Y a continuación, nos pidió a cada uno que relatáramos las razones por las que nos habían multado. Cada vez que alguien terminaba su historia, el hombre levantaba con gran orgullo su papaya, ante la que todos repetíamos en coro, siguiendo sus indicaciones: "Papaya partida, papaya comida".

Con la policía la relación ha sido más esporádica. Solo me han parado un par de veces para comprobar que el número de mi cédula no esté asociado a ningún mal rollo y listo. De resto, hemos compartido la grilla de partida en unos cuantos semáforos, en los que siempre han tomado la delantera e incluso en muchas ocasiones los he visto atravesar de repente los separadores con la agilidad de sus colegas carabineros. Es decir, en un abrir y cerrar de ojos convierten los manubrios de sus motos en una suerte de riendas, y estas, mansitas, mostrando toda la nobleza de los buenos caballos, estiran la llantica delantera para pasarse a la vía contraria. La misma soltura que exhiben los pillos cuando están atracando.

Hace un par de años iba con mi esposa en medio de un gran taco por la avenida El Poblado y el parrillero de la moto de adelante sacó de pronto un revolver y empezó a pedirles a todo pulmón los celulares y los bolsos a los ocupantes de la camioneta que estaba a su izquierda. Luego, para sorpresa mía, jaló su moto hacia atrás y entonces yo también tuve que incursionar en eso de usar "las riendas", las piernas y la cintura para redirigir la mía en sentido contrario. Mientras los pilluelos ya iban lejos, nosotros habíamos quedado atrapados entre los carros, obligados a escuchar todo el espectro de comentarios despectivos que se han creado en torno a los motociclistas. No saben cuánto lo fortalece a uno pertenecer a una mayoría estigmatizada.

Pero nada ha sido más aleccionador que el arduo camino para encontrar un buen mecánico. Los dueños de las motos grandes las llevan a elegantes talleres donde alguien que aparece después de un largo rato y con la misma prudencia de quien narra un chisme de alcoba, les comunica cuál pieza ha sacado la mano. La leyenda urbana narra incluso que dependiendo del valor de la moto les prestan una similar para que el propietario no tenga que realizar modificaciones sustanciales en su agenda.

El resto de motociclistas vamos a los talleres de garaje, y entonces no resulta extraño que al querer recoger tu moto no la encuentres. "Ya es mejor que venga por la noche, la estamos probando". Una respuesta de selección múltiple: a) el asistente del asistente del mecánico se ha ido en ella donde la novia; b) está comprando los repuestos de otras motos en el Centro; c) se fue a ensayarla a Palmas o d) todas las anteriores. Por eso, no saben cuánta alegría me produjo encontrarme en la vida con el gran Pedro Barrera, un mecánico que a pesar de tener más de sesenta años era capaz de abrirse completamente de piernas mientras apretaba las piezas del motor; casi nunca utilizaba bloques de madera para levantarla. Era sumamente cumplido, me presentó muchos tangos raros, me regaló su libro favorito: *Huasipungo* y, además, nunca se montaba en las motos para probar sus ajustes. La razón, padecía algunos episodios de vértigo que a la postre derivaron en alzhéimer.

Hasta ahora he tenido tres motos: dos marca Plus, conocidas como sanitarios (cuatro años cada una), y una Suzuki 124 cc (así aparece en la matrícula para eximir a sus propietarios del pago de impuestos, pues solo a partir de 125 se hace efectivo dicho cobro). Con ella llevo doce años, y creo que más pronto que tarde regresaré a la bicicleta. Eso es lo que suele recomendarme mi esposa, sobre todo cuando debe masajear su cuello por cuenta de los huecos que no conseguí esquivar. "Vaya preparándose para dejar la moto, yo lo veo cada vez más ciego", me dice sin percatarse de que yo también la noto cada vez más lenta al subirse, a pesar de su enorme dedicación al yoga. Pero, claro, la hipermetropía, la presbicia y el astigmatismo no son buenos coequiperos; eso lo sé muy bien. Y la moto, para recordármelo, entona cada tanto sus cantos de grillos (ya hay muchas cosas que le suenan) tratando de advertirme cuán viejo se ha puesto este binomio que ya lleva años rodando por esta ciudad, con el supuesto guía cada vez más torpe ante cualquier desnivel, con temor a las apariciones en los espejos y tramo a tramo más dado a bajar los pies con ansiedad infantil. Pero no se pueden desconocer las grandes bendiciones, no nos ofrecen la limpieza del vidrio en el semáforo, somos el pez pequeño en la cadena de alimentar al Estado, los peajes y las gasolineras y, sin que ellos lo sepan, somos colegas de los rappidendros y aliados del mototaxismo. ☺

Urbania.
Café consciente.

Calle 14 Viva Envigado Calle 8

Calle 14 #30-100 El Poblado. Cra. 48 #32B Sur-139, Envigado, Antioquia. Calle 8 #43B-132 El Poblado.

PALINURO
Libros Leídos

Calle 49 B No. 75-33 / 2609160
f Palinuro @ libreriapalino
Medellin - Colombia

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS EN MEDELLÍN

Tel.: 3168789335

Restaurante **EL ÁRBOL DE LA VIDA**
Comida Natural

CASA DE ASTERIÓN

CAFÉ-BAR
COWORKING
MÚSICAS DEL MUNDO,
ARTE, BEBIDAS Y CAFÉS

CRA 42 #53-63 CENTRO
IG: @BARCASADEASTERION • FB: @CASADEASTERION
ABIERTO DE LUNES A SÁBADO DESDE LAS 10:00 A.M. Y DOMINGOS DESDE LA 1:00 P.M.

VICTOR AGUDELO E.
Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com

En esta segunda entrega sobre Floro Piedrahita, además de las revueltas en las orillas del Río Grande, se respira el aroma mohoso del panóptico, la burocracia centralista y la revelación tanto de los cuerpos como de las imágenes. Un recorrido por la zona tórrida y convulsa de principios del siglo XX colombiano.

Desterrar y encarcelar

por JUAN CAMILO ESCOBAR VILLEGAS Y ADOLFO LEÓN MAYA SALAZAR*



[El grupo de presos y gendarmes en su viaje a pie hacia el panóptico de Tunja], camino entre Barrancabermeja y Tunja, 1927. Una curiosa convivencia de opuestos. Floro se las arregló para seguir contando la historia detrás del lente.

Preludio

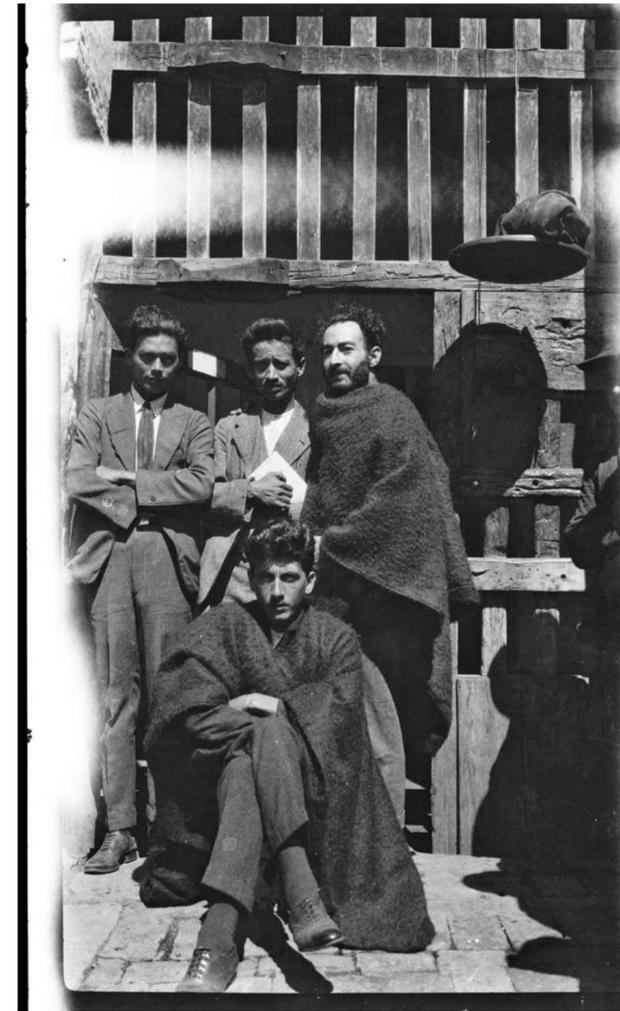
Mientras que en los pueros del río Magdalena durante los años veinte, los trabajadores en huelga escribían pliegos de peticiones, exigían el establecimiento de una legislación que garantizara la división de los días laborales en tres actividades de ocho horas, enarbolaban banderas, coreaban consignas y marchaban solidarios por las calles, en las oficinas de algunos comerciantes y empresarios se elaboraban afiches y se imprimían tarjetas postales en las que se hacía saber “a los obreros y trabajadores en general que solamente darán trabajo a los que no acojan las ideas que van en contra del capitalismo, que es la base del trabajo y del progreso”.

Las fotografías de Floro Piedrahita dejan leer el carácter conflictivo, contradictorio y polémico entre dos clases sociales que se estaban configurando en el proceso socioeconómico capitalista en Colombia. Este choque, o esta “lucha de clases”, revelaba a la vez una

confrontación política e ideológica que se venía mundializando desde comienzos del XIX en el marco de la Revolución Industrial y la consolidación de las ideas socialistas y comunistas. Por una parte, se organizaban los trabajadores, obreros, proletarios, indígenas, campesinos y otros ciudadanos que defendían derechos económicos, como artesanos de diversos oficios, mujeres que reclamaban reconocimiento y autonomía, gente negra que luchaba contra los prejuicios racistas que pervivían en mentalidades, imaginarios y legislaciones raciales; por otra parte, se unían y protegían los empresarios, comerciantes, capitalistas, burgueses, terratenientes y otros miembros de lo que ha sido denominado, en la teoría clásica marxista, la clase dominante. En palabras de quienes vivían y comerciaban en el Puerto de Girardot, en 1923, a orillas del Río Grande de la Magdalena, se trataba de un enfrentamiento entre “individuos que manifiestan tendencias contrarias al comercio y empresas de la ciudad”, y



Importantísimo y Firme Resolución, Girardot, Imprenta Gómez, 1923. Fotografía impresa en tarjeta postal. Archivo del General Pedro Nel Ospina Vásquez, GPNO-FT-1, Sala de Patrimonio Documental, Universidad Eafit.



[Cuatro camaradas presos en el panóptico de Tunja, Ricardo López, Raúl Eduardo Mahecha, Floro Piedrahita y Julio Buritica (sentado)], fotografía atribuible a Isaac Gutiérrez con la cámara de Floro Piedrahita, Tunja, 1927, fotografía, negativo en acetato, 9 x 14 cm, AFPC.



[Obreros hacen fila para recibir el pago en la Tropical Oil Company], atribuible a Floro Piedrahita, Barrancabermeja, c. 1925, fotografía, copia digital, tomada del libro de Malcom Deas, Colombia a través de la fotografía, 1842-2010, España, Perú, Fundación Mapfre, Taurus, 2011, p.180.

de propietarios de “importantes casas” que tenían la “firme resolución y están resueltos a no dar trabajo” a los anteriores “individuos”. En otras palabras, para quienes se veían cuestionados y exigidos a transformar las relaciones de trabajo o a revolucionar el mundo de los derechos laborales no se trataba entonces de una lucha de clases, sino de la intervención de unos individuos “enemigos del progreso”, del trabajo, del comercio y de las empresas del país.

Un par de años antes, en los espacios del Congreso colombiano, se estuvo discutiendo intensamente un proyecto de ley que terminó llamándose Ley 114 de 1922 sobre emigración y colonias agrícolas. En ella se definió: “Con el fin de propender al desarrollo económico e intelectual del país y al mejoramiento de sus condiciones étnicas, tanto físicas como morales, el poder ejecutivo fomentará la inmigración de individuos y de familias que por sus condiciones personales y raciales no puedan o no deban ser motivo de precauciones respecto al orden social o del fin que acaba de indicarse, y que vengan con el objeto de laborar la tierra, establecer nuevas industrias o mejorar las existentes, introducir y enseñar las ciencias y las artes, y, en general, que sean elementos de civilización y progreso”.

En otros términos, podría decirse que las élites políticas presentes en los debates que aprobaron aquella ley sobre inmigrantes deseables e indeseables consideraban la existencia de “condiciones raciales” no aptas para mejorar e impulsar el capitalismo, sinónimo de “trabajo y progreso”, según lo declaraba el cartel que publicaron en Girardot el 5 de octubre de 1923 los comerciantes y empresarios firmantes. Existía un imaginario político común entre quienes aprobaron la Ley 114 de 1922, que tenía como fin “propender al desarrollo económico e intelectual” de Colombia, y las élites económicas de Girardot, decididas a mantener en el desempleo, y por tanto en la miseria, a unas listas precisas de colombianos simpatizantes con las ideas socialistas. Ambos grupos de poder pensaban que hay individuos peligrosos y no aptos para el funcionamiento económico y social del país; ambos tomaron medidas drásticas para impedir la vida de quienes consideraban inoportunos por sus “condiciones étnicas” o por sus “tendencias contrarias” al “orden social”, al “capitalismo” y a “la civilización y el progreso”. Luchar por los derechos laborales, por la tierra, por la igualdad ciudadana y por la autonomía de las mujeres implicaba al mismo tiempo, en la Colombia de las décadas de 1920 y 1930, combatir un poderoso imaginario político con características raciales, económicas y legales.

Si en Girardot y en las salas del capitolio se propugnaba por cerrarles el paso a ciertos individuos, en el Teatro Municipal de Bogotá y en Cartagena ya se habían sentado las bases ideológicas del imaginario racial que clausuraba fronteras y contratos de trabajo. En el Tercer Congreso Médico Colombiano, realizado en Cartagena de Indias en 1918, el doctor Miguel Jiménez López presentó su estudio científico “Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares”. Allí aseguró que “la degeneración de la raza” en Colombia necesitaba una “terapéutica” con un “remedio causal que ataque la enfermedad en su origen”, porque “se trata simplemente de razas agotadas que es preciso rejuvenecer con sangre fresca”.

Dos años después, en 1920, se realizó una serie de conferencias que luego se publicaron en el libro *Los problemas de la raza en Colombia*. Allí Jiménez López presentó de nuevo sus análisis promoviendo la inmigración de ciertos individuos provenientes de Europa. A su lado estuvo también otro médico y hombre de Estado, el señor Luis López de Mesa, quien aseguró que “los caracteres atávicos” que se transmitían en la herencia, según sus estudios en historia de la biología, podrían permanecer dormidos si no se “recibe incessantemente una privilegiada inmigración de buena sangre y de riqueza”.

En este contexto, no fue extraño entonces que uno de los castigos infringidos a los huelguistas de Barrancabermeja en 1924 hubiese sido el destierro de más de trescientos trabajadores, quienes se habían organizado y atrevido a reclamar ocho horas de trabajo y mejores condiciones laborales en la empresa petrolera Tropical Oil Company. No hemos podido hallar este expediente, pero sí existen rastros del terrible castigo en medio del cual los trabajadores se quedaron no solamente sin trabajo, sino también sin patria. En la prensa de la época, en particular en *El Correo Liberal* publicado en Medellín el 29 de octubre de 1924, se asegura que “hasta estos momentos han sido deportados de Barrancabermeja mil doscientos obreros. Se espera que el problema sea resuelto de manera satisfactoria y justa”. Esta cita forma parte de la reflexión que Ignacio Torres Giraldo dejó en su obra *Los inconformes*. En efecto, el líder revolucionario de aquellos años interpela esta información periodística exclamando: “¡Hase (sic) visto mayor cinismo! ¿De suerte que así se resolvía el problema ‘de manera satisfactoria y justa’? ¡Justicia de encomenderos y de esclavistas, esta que botó a los trabajadores insumisos de los campos petroleros de Barranca a la costa del mar Atlántico!”. En el mismo tono cuestionador, el autor de *Los inconformes* muestra además otra declaración del abogado del Ministerio de Industrias, en la que se reinterpretan eufemísticamente estos acontecimientos: “No hubo tales deportaciones sino emigración voluntaria de los trabajadores”. Esta mención al evento de deportación y destierro proviene de los relatos de Ignacio Torres Giraldo, quien era para la época un líder revolucionario cercano a las luchas obreras.

Encarcelar al fotógrafo y a sus amigos

El conjunto de fotos de Floro Piedrahita camino al panóptico de Tunja, como prisionero, nos permite pensar mejor las contiendas políticas e ideológicas que venimos analizando y que dieron nacimiento a los derechos laborales de la modernidad. La primera pregunta que nos planteamos es la siguiente: ¿por qué llevaron preso al único fotógrafo que había en Barrancabermeja? Pero hay más preguntas: ¿de qué acusaban a quien creaba imágenes de las acciones políticas del nuevo movimiento social que se había gestado en el contexto de una concesión petrolera? ¿Qué vieron en aquellas fotos los acusadores militares que reprimían a los huelguistas de 1924 y 1927? Y, por último, otros dos interrogantes: ¿cómo justificaron el epíteto de “agitador de oficio” que les



Comisariato – Sal6n de Ventas, Refineria de Barranca, fotogr1fo de la Tropical Oil Company, Barrancabermeja, c. 1935, fotograf1a, copia digital, archivo ExxonMobil, cortes1a del historiador Jes1s Gonzalez.

endilgaron a Floro Piedrahita y a sus camaradas, con quienes tuvo que caminar desde Barranca hasta Tunja? 2C6mo se representaron los dirigentes de la Tropical Oil Company las huelgas de los obreros y el papel de sus dirigentes, a sabiendas de que en su pa1s de origen esas huelgas ya se hab1an dado y hab1an generado nuevos derechos laborales?

Ya lo hemos dicho de maneras distintas: un archivo fotogr1fico constituye una fuente y un patrimonio hist6rico desde el cual puede inferirse lo social, lo pol1tico y lo cultural. No obstante, esta mirada hist6rica y patrimonial no era la que sal1a de los ojos del jefe civil y militar que conden6 al fotogr1fo Floro Piedrahita a la c1rcel. Las fotos de aquellas huelgas son hoy, para nosotros, valiosas piezas de historia y de arte, pero para los gobernantes que representaban el repertorio de contenci6n durante las huelgas de la d1cada de 1920 en Barrancabermeja, esas fotograf1as eran parte de un delito pol1tico: la perturbaci6n del orden p1blico. As1 se desprende de la resoluci6n que escribi6 y firm6 el jefe civil y militar encargado de contener la protesta obrera, y que cita Isaac Guti6rrez en su libro *La luz de una vida*. Ella dice lo siguiente:

“Resoluci6n n1mero 1.

Por la cual se toma una medida relacionada con el orden p1blico.

El Jefe Civil y Militar, teniendo en cuenta, primero: que los se1ores Ra1l Eduardo Mahecha, Ricardo E. L6pez, Floro Piedrahita e Isaac Guti6rrez Navarro, son agitadores de oficio, encabezando las masas inconscientes; Segundo: que dichos se1ores son una amenaza constante para el orden p1blico, para los intereses nacionales, y para los asociados; y Tercero: que la permanencia de esos elementos en el municipio de Barrancabermeja es una intranquilidad constante para los habitantes, resuelve:

Art1culo 1.6n: Confinase al pan6ptico de la ciudad de Tunja a Ra1l Eduardo Mahecha, Ricardo E. L6pez, Floro Piedrahita e Isaac Guti6rrez Navarro. Se perfeccionar1 el sumario correspondiente y los juzgar1 a la autoridad judicial.

Dese cuenta al funcionario de inspecci6n, doctor Alberto Abello Palacio.

Dada en Barrancabermeja, a 28 de enero de 1927.

Manuel Castro B., General, Jefe Civil y Militar”.

Como puede leerse e interpretarse, en estos documentos se reconocen campos de batalla simb6licos y reales, 1mbitos de confrontaci6n que tienen car1cter cultural, jur1dico, pol1tico y socioecon6mico. Por otra parte, en la composici6n de ambiente en tiempo y lugar de las fotograf1as es factible identificar agentes sociales y pol1ticos,

discursos y gestos de comunicaci6n, y contextos conflictivos entre amigos pol1ticos y adversarios u opositores. De la misma forma, en las huelgas generales de 1924 y 1927, en el confinamiento carcelario a sus dirigentes, en las ropas de los guardianes, en las manos encaadenadas de un fotogr1fo, en los 1nfasis gestuales de un gobernante o en la camarader1a de un abrazo tambi6n es viable identificar algunos rasgos y trazos del car1cter del r1gimen pol1tico y econ6mico que exist1a en Colombia durante la d1cada de 1920.

De acuerdo con lo que leemos en las fotos, la atm6sfera conflictiva de los d1as de huelga estuvo enmarcada por valoraciones y repertorios contrapuestos. Para los dirigentes gubernamentales y empresariales, las reivindicaciones laborales eran exageradas; por ello, no era posible poner anejos a los dormitorios, ubicar puestos de salud dentro de la empresa, mejorar el trato de los capataces hacia los obreros, pagar dominicales, dejar de vigilar la voluntad de los trabajadores en su tiempo libre y no recibir sus pagos salariales redimibles en las llamadas proveedurias o comisariatos. Esta 1ltima petici6n coincide con el pedido del autor del libro *Problemas colombianos*, el ingeniero Alejandro L6pez, y con las reflexiones del expresidente de Colombia, el se1or Carlos E. Restrepo, cuando rese16 el libro de L6pez en la revista *Progreso*, 6rgano de la Sociedad de Mejoras P1blicas de Medell1n.

El exgobernante, el mismo a1o de la segunda huelga general de trabajadores en contra de la Troco sobre las riberas del r1o rojo y cuando el obrerismo socialista estaba expandi6ndose en el pa1s y en distintas partes del mundo, escribi6 lo siguiente: “Pide el Dr. L6pez, y a su voz unimos la nuestra clamorosa, que la ley proh1ba en absoluto las llamadas proveedurias o comisariatos, manera de pagar los salarios en especie y modo de especular sobre ellos ilicitamente. Recuerda que en todos los pa1ses civilizados se han suprimido, y que en Francia lo veda la ley sobre economats”.

Es importante recordar, de acuerdo con los autores de *Petr6leo y protesta obrera: la USO y los trabajadores petroleros en Colombia en tiempos de la Tropical*, que esta pr1ctica de los comisariatos se inici6 por parte de la Tropical desde 1916, justo cuando se adelantaron las primeras acciones para legalizar el traspaso de la Concesi6n de Mares a la Tropical Oil Company, y se mantuvo hasta mediados del siglo XX, cuando venció dicho traspaso.

As1 como los discursos y los peri6dicos de Mahecha y sus amigos eran un signo que permit1a acusarlos de agitaci6n social y perturbaci6n pol1tica, las fotograf1as de Floro Piedrahita tambi6n

inquietaban a los acusadores, pues ve1an en ellas otra forma de rebeld1a y sedici6n contra el establecimiento estatal y el orden econ6mico que propon1a la empresa norteamericana. Las pocas fotos que se conservan hoy en los archivos fotogr1ficos colombianos sobre los movimientos sociales de las primeras d1cadas del siglo XX en Colombia, entre ellas el cenotar y medio de fotos que pudo preservar de las llamas la hija de Piedrahita Callejas, constituyen un acervo documental iconogr1fico para leer el desaf1o que expresaban aquellas multitudes decididas a probar el talante democr1tico e institucional de las 1lites pol1ticas y empresariales como jefes de Estado o dirigentes econ6micos. Quiz1s algo de esto alcanz6 a vislumbrar el juez civil y militar que conden6 a pris1n al fotogr1fo Piedrahita, al editor Ricardo L6pez, al maestro de escuela Julio Buritic1, al infatigable l1der revolucionario Mahecha y al cronista obrero Isaac Guti6rrez. 2Ser1a por eso que las im1genes de las aglomeraciones de trabajadores marchando le parecieran amenazantes? Algunas fotos denuncian acciones que patentizan el juego de im1genes y contraim1genes que se manifestaron los unos, los del establecimiento, y los otros, los cr1ticos y pugnales al Estado d1bil y angosto que ejerc1a la administraci6n de lo p1blico y el ejercicio de la deseada soberan1a nacional. En otras palabras, las im1genes de Floro no ilustraban simplemente el progreso tecnol6gico de Barrancabermeja o “la armon1a” en las relaciones de trabajo como lo hicieron los fotogr1fos de la Tropical, ellas denotaban la debilidad del Estado colombiano y la fortaleza de los trabajadores.

Eran diferentes caras de las relaciones entre capital y trabajo, y entre Estado y sociedad. En consecuencia, es posible decir que las fotograf1as de Floro Piedrahita indican un tenso entramado social y pol1tico de la historia contempor1nea de Colombia, y permiten reconocer una trayectoria de formaci6n y construcci6n de Estado, identificada por la debilidad de unas t1cnicas de gobierno cooptadas por las luchas entre los partidos pol1ticos tradicionales, en las cuales las ofertas de las compa1as que buscaban materias primas encontraban un terreno propicio y favorable. Denunciarlo visualmente fue muy inc6modo para las autoridades que trataban de contener el impulso reivindicativo del obrerismo y fue muy peligroso para la humanidad del fotogr1fo pionero de la reporter1a gr1fica de las luchas de los asalariados durante los a1os veinte en Colombia.

El enclave petrolero fue legitimado por la pol1tica norteamericana, que hab1a declarado su voluntad de poder cuando Woodrow Wilson dijo “que no quede en el mundo ning1n punto utilizable que sea dejado de lado o desaprovechado”, y legalizado por la escritura notarial firmada por el Estado colombiano a favor de la Tropical Oil Company. Las dos primeras huelgas de Barranca en contra de las condiciones de trabajo ofrecidas por el enclave petrolero terminaron por perfilar una cultura pol1tica que luchaba por los derechos laborales y denunciaba la alianza y complacencia de los gobiernos de Colombia con aquella otra forma paestatal y ap1trida que representaron las econom1as de enclave.

Esas huelgas llevaron preso en las dos ocasiones, en octubre de 1924 y en enero de 1927, a su principal l1der, el rebelde y hombre de letras Ra1l Eduardo Mahecha. No tenemos fotograf1as de la primera vez, cuando termin6 encerrado y villipendiado durante diecisiete meses en una pris1n de Medell1n. Pero s1 existe un grupo de fotograf1as de Floro Piedrahita que nos permiten seguir pensando el arte fotogr1fico y sus relaciones con lo pol1tico y la movilizaci6n de los obreros en Colombia cuando las

legislaciones laborales eran apenas incipientes. Estos registros visuales parecen, por momentos, la expresi6n de una amistad 1ntima entre presos y guardias. Podr1a decirse que los polic1as sienten alguna admiraci6n por aquellos “agitadores de oficio” y que no ven en ellos los delincuentes peligrosos y convictos que describen los expedientes acusatorios, algunas autoridades gubernamentales colombianas y los funcionarios de la compa1a petrolera de Estados Unidos.¹

En las im1genes se puede rastrear el camino que llev6 a los cinco luchadores de las huelgas de Barranca hasta el pan6ptico de Tunja. Ellas muestran tambi6n otros aspectos, como los cambios de guardia, la camarader1a entre presos y vigilantes armados, la elegancia y la dignidad con las que posan ante la c1mara todos ellos y los absurdos procedimientos de alg1n funcionario cuando decide ponerlos en el cepo, en el antiguo instrumento que serv1a para torturar, inmovilizar y avergonzar a los condenados.

A pesar de la posible existencia de la decisi6n de poner en el cepo a los huelguistas, queremos plantear aqu1 una hip6tesis: la toma deliberada de ciertas fotograf1as serv1a para denunciar el r1gimen pol1tico contra el cual luchaban. En otras palabras, la lucha no era solamente a trav1s de los pliegos de peticiones, sino por medio de una protesta visual que buscaba legitimar las reivindicaciones laborales y, a la vez, lograr una revoluci6n estructural del sistema social.

Es probable que el jefe civil y militar que envi6 al confinamiento a estos cinco paladines del obrerismo colombiano haya ordenado a los guardias que les pusieran cadenas a los “enemigos de la tranquilidad p1blica y de los intereses nacionales”, tal como puede verse en la foto en la cual el fotogr1fo Floro Piedrahita aparece encadenado en medio de dos guardianes. Esta imagen y la del cepo que incapacita la movilidad f1sica de aquellos intelectuales revolucionarios denotan una coreograf1a deliberada, una puesta en escena, para denunciar visualmente la crueldad del Estado colombiano y su pol1tica represiva, con la cual da respuesta a las peticiones razonables de los obreros colombianos. La sincronizaci6n gestual que se percibe en la foto del cepo es t1cnicamente muy bien lograda. El arco formado por las cabezas de los cinco camaradas permite ver con claridad el rostro de cada uno de ellos; adem1s, da la sensaci6n de que en efecto est1n apesados plenamente por el cepo. Sin embargo, si se mira detenidamente, puede apreciarse que tres de ellos tienen una pierna doblada fuera del instrumento de castigo.

En otras palabras, nuestra hip6tesis plantea que dichas fotograf1as fueron construidas para que circularan con un mensaje de denuncia al sistema punitivo y represivo del d1bil e ineficaz Estado colombiano. No ser1a extra1a esta estrategia de lucha en un l1der inteligente y decidido como lo fue Ra1l Eduardo Mahecha. Sus compa1eros tambi6n lo eran y por ello pudieron secundar aquellos actos iconogr1ficos. Recordemos que Mahecha se mov1a por distintas ciudades de Colombia, pero, en especial, por los puertos fluviales del r1o rojo, portando una imprenta y una c1mara fotogr1fica en su equipaje, lo que permite decir que estos aparatos para las letras y las artes eran tambi6n unas herramientas pol1ticas.

1 Escribe Isaac Guti6rrez en su cr6nica *La luz de una vida*, ya citada, que el expediente “por la huelga de Barrancabermeja, era el m1s extenso que hasta entonces se hab1a levantado en Colombia y que constaba de ochocientas hojas 1tiles”, 214.



[El cepo de Mogotes camino al pan6ptico de Tunja], atribuible a un guardia de la c1rcel, Mogotes-Santander, 1927, fotograf1a, negativo en acetato, 9 x 14 cm, AFPC.



[El fotogr1fo encadenado], atribuible a un compa1ero de Floro, camino de Barrancabermeja a la penitenciar1a de Tunja, 1927, fotograf1a, negativo en acetato, 9 x 14 cm, AFPC.

Isaac Guti6rrez narr6 el paso por aquella experiencia del cepo. En ella no asegura que los hayan obligado a pasar la noche inmovilizados por este aparato de la ignominia, como bien lo llama Ren1n Vega Cantor en uno de los cap1tulos de este libro. Dice Isaac Guti6rrez: “Esa noche [del 4 de febrero de 1927] para mayor seguridad, los guardias y carceleros resolvieron meternos en un calabozo, dentro del cual hab1a un cepo, y en ese calabozo pasamos toda la

noche. Al principio de la noche, en medio de la oscuridad del calabozo, Buritic1, Piedrahita y L6pez, que sab1an cantar, estuvieron entonando canciones muy bellas”.

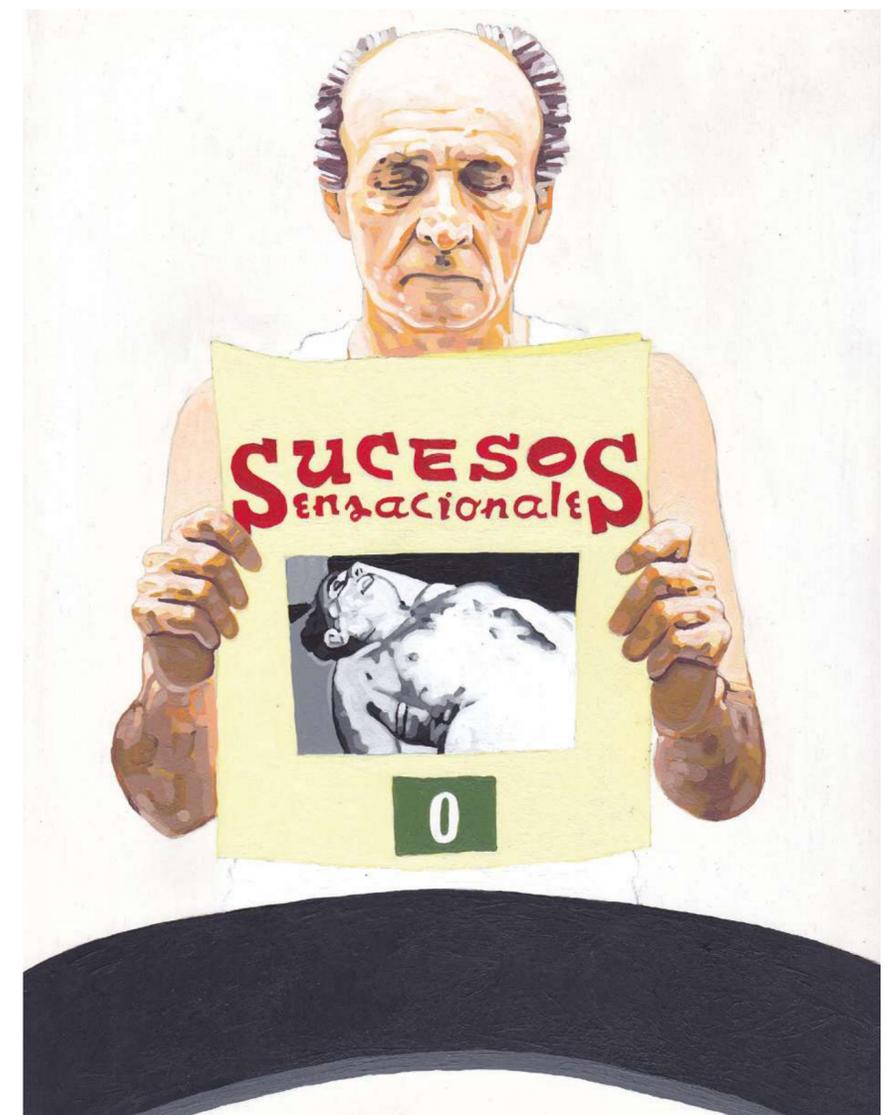
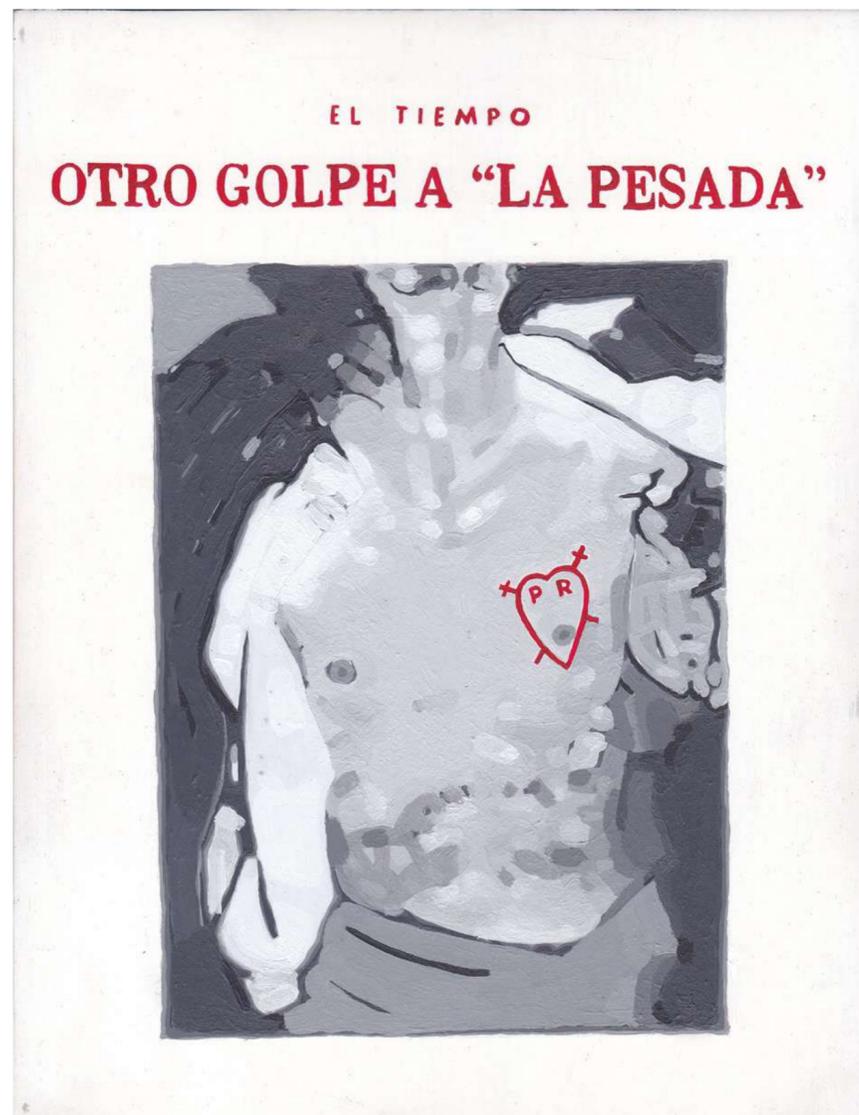
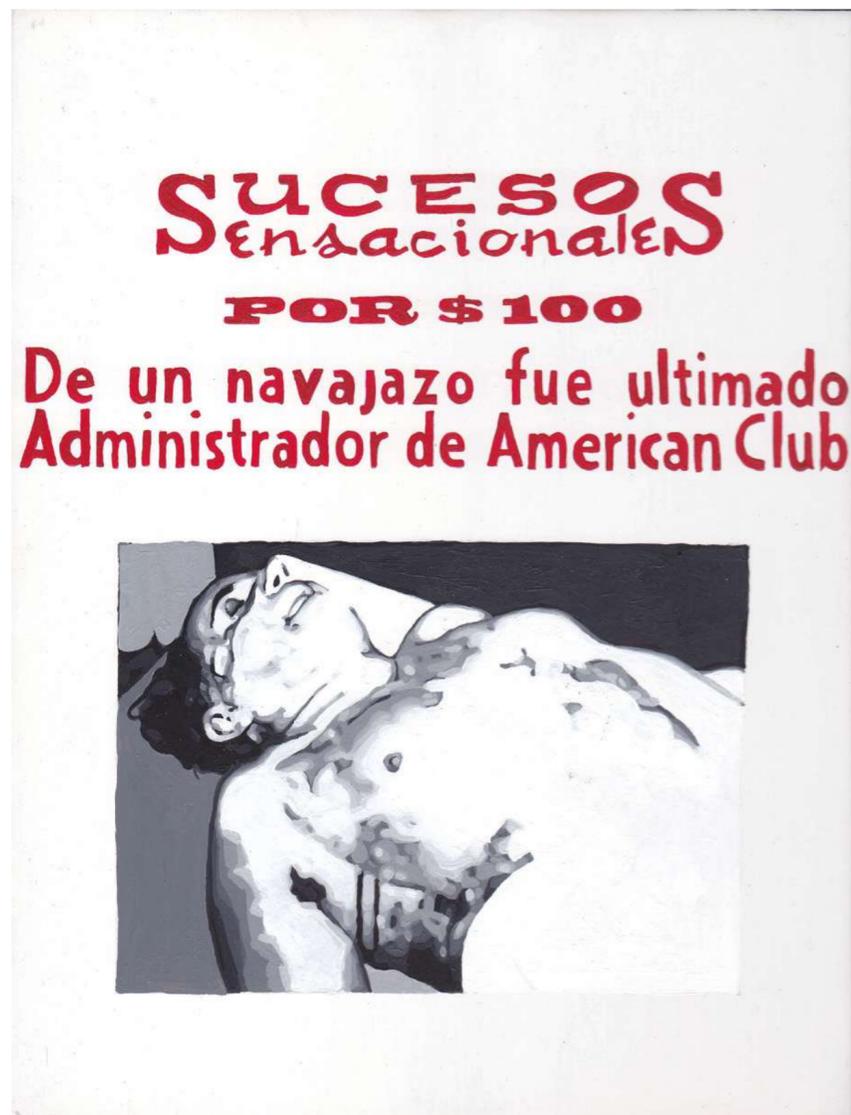
Los presos de la huelga en Barranca hab1an pasado siete noches en diferentes lugares, pero en ninguno hab1an dormido en un calabozo. Cuenta Guti6rrez que la noche del 30 de enero, en San Vicente de Chucur1, fue “infern1” porque despu1s del

cansancio producido “por la marcha forzada que nos hab1an obligado hacer durante dos d1as de camino, no pudimos dormir y esos animales nos destrozaron”. Esa “noche infernal” fue calificada como la mayor “bellaquer1a y maldad que cometieron con nosotros en aquella vez”.

En consecuencia, y teniendo en cuenta las anteriores consideraciones, podemos decir que el camino de ocho d1as a pie hasta el pan6ptico de Tunja

fue parte de la lucha pol1tica de uno de los nuevos movimientos sociales que hab1a iniciado algunos a1os atr1s: el obrerismo “colombiano”.²

* Este texto hace parte del libro *!Lev1ntate y marcha! Movimientos sociales y pol1tica en Colombia (1920-1940)*. Las fotograf1as de Floro Piedrahita Callejas y otras im1genes del mundo, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2021.



Antonio Restrepo
Las cuarenta
Imágenes, dibujos y textos
2007 - 2013

Esta obra comenzó con un recorte de prensa en el que se ve el cuerpo muerto de Antonio Restrepo, fallecido el 16 de mayo de 1958, abuelo del artista Sebastián Antonio Restrepo Sierra.

El 17 de mayo se cumple un año de la desaparición de Sebastián, con la publicación de su obra lo recordamos y le hacemos un homenaje.

San Andrés tiene uno de los ecosistemas sociales más complejos del país. Pulsos entre raizales y continentales, desconfianza absoluta en el gobierno central, sobredosis de turismo, playas como embarcaderos de carga coquera, política tradicional y corrupción. En medio de esos líos ha surgido un liderazgo cultural para dar peleas inaplazables. La música entrega el arrebatado de otros vientos.

En el otro ojo del huracán

por CRISTINA BENDEK

• Fotografías de Ronald Camargo



A mediados de mayo se cumplirán dos meses de la movilización popular que se desencadenó tras el homicidio de Fabián 'Hety' Pérez Hooker. En una de las embestidas más violentas en el archipiélago, el cantante fue baleado en la terraza de su casa. Su muerte inició una ruptura, un necesario debate sobre viabilidad y supervivencia que ha motivado el activismo juvenil y la cohesión comunitaria. Aunque agri dulce, este momento ofrece a las islas la posibilidad de volver a enfocar sus problemas estructurales.

La noche del 13 de marzo, después del cierre de la jornada electoral, el joven Joseth David Cadena se dirigió al sector de Mission Hill, cerca de la tradicional Primera Iglesia Bautista de la Loma, como parrillero de una moto conducida por Dixon Manuel Suárez, vecino también del sector del Barrio Obrero. Según la versión recogida en un informe de la fiscalía, el objetivo de la misión era matar a Hillbor Alen Pusey Rodríguez, un hombre que estaba en la misma zona a pesar de tener medida de detención domiciliaria. Joseth David, que tiene el alias de Cadenita, disparó contra Pusey Rodríguez, pero también contra Hety Pérez y una familiar suya, Minerva Hooker James, que también resultó herida en el hecho.

Cuando se difundió la noticia sobre el atentado, pocas personas volvieron a interesarse por los resultados de las elecciones. Ya el martes 15 de marzo, mientras en el país se caldeaba el debate sobre la legalidad de los resultados electorales, el archipiélago atravesaba una crisis de orden público similar a la que, tras el bloqueo del puerto marítimo y del aeropuerto, provocó la destitución desde Bogotá del gobernador Ralph Newball en 2001.

Una movilización popular convocada por cantantes e influenciadores se tomó las calles para exigir al gobierno resultados en materia de seguridad, justicia y atención en salud. La policía nacional y el gobierno departamental desconocieron la voz de los manifestantes que se plantaron frente a las sedes institucionales durante la jornada de protesta del 15 de marzo. El hartazgo se podía tocar. La violencia en San Andrés, una realidad encubierta en la narrativa del paraíso, y la débil institucionalidad habían cobrado la vida inocente de Hety, parte del dúo de música urbana Hety & Zambo, un líder comprometido con ser un referente para los jóvenes de la comunidad raizal y creole. Muchos de sus trabajos, en dúo o como solista, como *Around di Block*, *Mama Don't Cry* y *Why War*, conmovieron a los manifestantes hasta las lágrimas.

El bloqueo temporal del aeropuerto internacional Gustavo Rojas Pinilla forzó finalmente la presencia del gobernador, Everth Hawkins Sjogreen, y de la comandante de la policía, la coronel María Elena Movilla. Para desbloquear el aeropuerto, las instituciones ofrecieron un espacio de diálogo el 17 de marzo que al final, con la indignación ambiente, derivó en el bloqueo de dos avenidas principales, la 20 de Julio y la Newball. La sensación era que el duelo por Hety escalaría en disturbios y caos. En esa jornada extendida la movilización recogió también el reclamo de familiares de otras víctimas de la violencia que luego de años no han podido acceder a la verdad.

Ese 17 de marzo, Zambo Arigan Forbes, compañero de carrera de Hety, hizo presencia en la Avenida Newball

con un mensaje de la familia Pérez Hooker que pedía levantar bloqueos y no convertir el duelo en zozobra para la isla. Un grupo de voceros, reunidos con el gobernador, acordó desbloquear las vías con la condición de abrir espacios amplios de diálogo.

Rumores de amenaza contra los artistas más visibles de la manifestación y panfletos digitales no tardaron en aparecer. Cabezas de organizaciones criminales advertían a la comunidad de San Andrés que habría más muertes, resultado de la guerra entre familias vinculadas al narcotráfico. El jueves 18 de marzo, en hechos que aún no se han esclarecido, apareció el cuerpo sin vida de Luis Carlos Bustamante, bailarín y activista de la comunidad LGBTQI+, quien trabajaba como vigilante en el sector de la Cueva de Morgan. Días después una mujer fue herida con arma de fuego en pleno sector turístico, en la vía peatonal de Spratt Bight, en horas de la tarde.

Otro escenario de guerra

En el archipiélago se ha documentado la presencia de Los Rastrojos, la Oficina de Envigado y el Clan del Golfo, herencias del proceso de desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia en 2006. Según análisis de InSight Crime, el Clan del Golfo sería la organización más fuerte en las islas, sus sucursales operan negocios de narcotráfico, extorsión y homicidios selectivos. Desde octubre de 2021, con la captura de su líder, alias Otoniel, el cambio de mando y la atomización de la organización puede haber desbalanceado el control sobre los negocios alrededor de la ruta insular.

En 2021 se incautaron 150 toneladas de cocaína en la ruta de todo el Caribe colombiano. Apenas días después de la muerte de Hety, la Armada Nacional interceptó una lancha rápida con casi cuatro toneladas del alcaloide, mercancía evaluada en 120 millones de dólares, la más grande desde que existe el Comando Específico de San Andrés y Providencia. InSight Crime considera que este alijo pertenecería al Clan del Golfo.

El narcotráfico, la columna financiera del conflicto en el continente, ha deteriorado los tejidos sociales del

archipiélago y ha provocado la marginalización de sectores enteros, donde niños y adolescentes son especialmente vulnerables frente al dominio de células criminales en algunos sectores. Un documental de la BBC registró en 2015 que más de ochocientos hombres, todos ellos en algún momento habitantes de Providencia, habrían estado cumpliendo sentencias por narcotráfico en el exterior, o se encontraban desaparecidos en altamar en circunstancias dudosas.

El control de la ruta que transporta droga hacia México y Estados Unidos convierte al archipiélago en un escenario de la guerra en el que las víctimas no son reconocidas por sus condiciones particulares. El violento mes de marzo coincidió con la entrega del informe de la asociación de mujeres raizales Cane Roots a la Comisión de la Verdad, un documento que busca alimentar esfuerzos para el esclarecimiento de la verdad alrededor de las muertes de al menos 380 víctimas directas de la violencia en el archipiélago y de los cientos de desaparecidos en altamar.

Corrupción y costo de vida

Si la amenaza de la guerra no parece desvanecerse, la corrupción termina de coronar la vulnerabilidad de la comunidad insular. Dos exgobernadores, Aury Guerrero Bowie y Ronald Housni Jaller, cumplen condenas por concierto para delinquir con fondos destinados al rubro de educación. Sus delitos dejaron a más de dos mil jóvenes sin acceso a educación básica durante más de seis años.

Las islas son un territorio con una deuda social enorme, los jóvenes no tienen acceso a una universidad de ciclo completo ni a otras alternativas de realización personal. Los bachilleres isleños deben buscar la forma de financiar una vida en el continente, mientras sus padres intentan cubrir en la isla la canasta básica más cara del país, que paga tarifas portuarias que dependen del precio del dólar. Antes de Semana Santa un banano valía ya 1500 pesos en el sector del centro.

Los 35 mil turistas que llegaron para la temporada de la semana mayor se integran a las cifras que dan cuenta de que San Andrés recibe más de un millón

de turistas por año. Para comerciantes y hoteleros el número puede ser motivo de celebración, sobre todo después de dos años de pandemia. Sin embargo, los beneficios por el turismo se distribuyen de manera muy desigual, mientras que el impacto de recibir 83 mil visitantes al mes, casi 2800 diarios, es soportado por todos los habitantes.

El difícil acceso a vivienda digna provoca la proliferación de urbanizaciones ilegales, que comprometen zonas de bosque seco tropical o áreas que según la ley deberían destinarse a la agricultura en manos de la población raizal. Los propietarios tienen altos incentivos para destinar sus inmuebles al turismo, lo que provoca especulación en el precio de los arriendos y encarece el costo de vida, incluso en sectores que han sido tradicionalmente residenciales. La inversión del impuesto que pagan los visitantes a través de la tarjeta de turismo, que en 2021 habría alcanzado los 116 mil millones de pesos, no se ve ni se siente.

La motivación para la resistencia

Desde 1912 Colombia ha incentivado la migración no planeada de familias continentales de la costa Caribe a San Andrés, con el objetivo de fortalecer la identidad colombiana, hispanohablante y católica, en contrapeso a la identidad anglófona, protestante y creolehablante del Caribe insular. En la década de los ochenta se articulaban movimientos sociales a partir de la necesidad de resistir estrategias de poblamiento de corte colonial del Estado colombiano. Ha habido varios triunfos importantes producto del trabajo de organizaciones de base raizal como SOS Sons of the Soil, como el Decreto 2762 de 1991 para el control de circulación y residencia, y la suspensión de las licencias de construcción a través de la sentencia T-284 de la Corte Constitucional, en 1995.

El movimiento que surgió a partir de la muerte de Hety y de Luis Carlos, Renovación para el Archipiélago, se ha convertido en interlocutor con la institucionalidad a través de varios voceros, entre ellos el abogado y asesor de la diáspora raizal Miguel Ángel Castell. El relevo generacional a los liderazgos tradicionales de la Autoridad Raizal y de

la organización Amen-SD surgió en un momento clave, mientras el denominado Estatuto Raizal hace trámite para ser debatido en el Congreso de la República. El estatuto es un protocolo que busca garantizar la protección efectiva de la población étnica a través del fortalecimiento de la raizalidad como forma de vida armónica dentro del territorio, con algunos temas difíciles de abordar, como la obtención de privilegios políticos exclusivos para los raizales en San Andrés, una isla cuya población étnica ha disminuido hasta ser un cuarenta por ciento del total.

En materia de turismo, resulta urgente abordar el difícil tema del estudio de capacidad de carga que exigen los raizales en cada oportunidad posible, y que busca determinar con criterios técnicos y científicos cuál es la población que puede vivir de forma sostenible en un territorio de escasos veintisiete kilómetros cuadrados, con una infraestructura de servicios públicos precaria. Cuántos turistas pueden realmente recibir las islas cada año y cómo se mitigarían los efectos de la sobrecarga son cuestiones fundamentales, largamente aplazadas debido a los intereses gremiales de hoteleros, comerciantes y operadores de servicios turísticos.

El nuevo hilo de la narración

El 27 de marzo Joseth David Cadena Jiménez fue capturado en su barrio luego de dos semanas de esconderse de las autoridades, que habían ofrecido veinticinco millones de pesos por información que condujera a su captura. Dixon Denzel Manuel, el conductor de la moto, ya había sido judicializado por su participación en el homicidio de Hety. El llamado por la justicia para Hety había sido atendido, pero no la necesidad de una versión completa sobre los hechos que condujeron a la muerte de una persona inocente.

El caso aún supone más interrogantes que respuestas. ¿Quiénes contrataron a los dos jóvenes del Barrio Obrero? ¿Cuál es la dinámica de las células criminales en el archipiélago? ¿Por qué es tan difícil controlar la proliferación de armas en una isla? ¿Es hora de hablar de alternativas a la guerra contra el narcotráfico? Muchos otros jóvenes como Joseth David y Dixon son también víctimas de esa guerra, de la que difícilmente pueden escapar.

Mientras el país se prepara para decidir si da continuidad a un paradigma que afecta a las regiones y motiva la actividad de organizaciones dedicadas al narcotráfico, San Andrés madura hacia la consciencia de la situación de víctimas, de su vulnerabilidad frente a la violencia armada. Imaginar un futuro viable aquí depende de obtener garantías para el fortalecimiento de la base comunitaria, del acceso a la educación con componentes étnicos, de la lucha contra la corrupción, y del trabajo con niños y adolescentes.

Sin duda ha sido doloroso, pero el reconocimiento de que la viabilidad del archipiélago exige revisiones profundas y una actividad política madura, se gestó en la pérdida de vidas comprometidas con el arte y la cultura. Hoy, Hety y Luis Carlos Bustamante siguen siendo catalizadores de un necesario cambio social, a pesar del miedo. Sus muertes son el hilo que jamás dejará de enhebrarse. ☹



COMIDA RÁPIDA

por FELIPE CARRILLO • Ilustración de Titania

Sabía que era él antes de que llegara porque tronaba la tierra y el cielo sin nubes se llenaba de un masato de polvo que se me metía hasta la voz y no me daban ganas siquiera de decir ahí viene. Allá fue así siempre. Para llegar había que rodear la carretera porque no existía, pero el intento de carretera sí estaba ahí, abierto, con ese olor de orín que lo calaba todo y que destapaba el patrón en la carevaca.

Al patrón no le gustaba explicar las cosas. Cuando se bajaba de la camioneta apenas abría la parte de atrás y salía caminando hacia la casa como malencarado, levantando el serrín como si él fuera la carevaca. Venía cargado de tablas que no debían servir para nada, pero yo las iba sacando de a montoncitos, sudando y jadeando un poco mientras él se sentaba a mirarme desde la casa grande mientras gritaba cosas que yo ya estaba acostumbrado a no entender. Algo es algo peor es nada, pensaba yo.

Seguido, traía cada vez más tablas y a veces tejas y a veces alambres y a veces recipientes de plástico. Me decía que eran para marranos, y que los usara para levantar un entable. No me decía nada más y yo tenía que hacer lo que podía como podía porque ya antes el patrón me había amenazado por responder. Cuando Pedro, mi hijo, todavía vivía con nosotros, una vez tuvo un marrano chiquitico y de ahí aprendí cosas sobre ellos. Pedro llegó con Pomba que porque un hijo de los dueños de otra finca se había ido y no se lo podía quedar.

Al principio, zopenco, repasé que el patrón podía querer una cría de pombitas quién sabe con qué intención. Al marrano no lo deberían captar dos veces, me digo ahora para mí. Pomba era amigable, siempre que lo llamaba me perseguía como jadeando y roncando. Tenía la piel lanuda y tibia y a veces me quedaba dormido al lado de él, pero Pomba corría o soñaba que corría también durmiendo, y me despertaba de esos sueños de cuatro cobijas pesadas en los que me enterraba tempranito cuando apenas se escondía el sol. Pero Pedro decía que yo roncaba más que Pomba, que él era un minicerdo pero yo era un jabalí. A los bobos se nos aparece la Virgen, supongo.

Construir un corral con apenas lo que trajo el patrón no fue fácil. No había tablas suficientes para cerrar un pedazo, no había ni un piquín o un yarumo siquiera para que les diera algo de sombra en los pocos sitios en los que se podía construir. Los plásticos no eran suficientes para encausar la lluvia y las tablas no eran suficientes para separar la comida. No había tubos bastantes para traer nada desde la casa mayor, y no había dónde echar el agua que yo podía acarrear. Ya tampoco estaba Pedro, y hasta Pomba había desaparecido.

Sobre qué hacer con los marranos cuando viniese el patrón algo me dijeron en el pueblo. Yo hice lo que a bien pude con lo que me dieron. Hice una marranera hecha de rocas de diferentes tamaños para que hicieran las veces de pared, las tablas que no se rompieron y hasta las rotas las puse en las partes altas de los bordes para que quedara algún resquicio de aire entre las piedras y el techo, el techo lo hice de cartones y bolsas de plástico y puse unas piedras encima para que el viento o la lluvia no se las llevaran. Adentro me cupieron solo dos separaciones, una para que entraran a comer y otra para que no estuvieran comiendo. Puse dos recipientes plásticos que se debían llenar cuando lloviera. Y eso fue. Con todo y lo difícil

yo creo que podían caber al menos diez chanchos grandes, al menos veinte pombas jamonudas.

Fue ahí que acomodé los primeros gorrinos con los lechones y la marrana, fueron los nombres que me dijeron en el pueblo para darles según su tamaño. Diez en total, precisos. Los puercos crecen rápido y son blandos y limpios, sí, como pombas en crecimiento. Es que del cerdo hasta el rabo es bueno. De todos modos exigen muchos cuidados, y chillan sin mañana. El agua hay que cambiárselas varias veces al día aunque haya aguacero, la comida hay que repartírselas en dos tandas, a la madrugada y a la tarde, en espacios separados. Luego toca ir a limpiarles la corralera, sacarles las piedras, las mierdas, lo que haya.

En los primeros meses hubo mucha labor pero uno se acostumbra, los gorrinos se volvieron lechones y los lechones se volvieron porcinos y marranas. Yo les miraba los ojos y me parecían felices. El corral no era el mejor pero como pude lo fui ampliando.

Los cebones sonríen cuando lo miran a uno, yo a todos les decía pombas, para no enmarañarme, eran sus nombres de ellos y mientras pude intenté darles una comida de maíces y restos de las carnicerías en vez de la basura que venía en los costales.

Seguí ampliando el corral e intenté hacer otros como pude pero el patrón con su olor de leche rancia traía más animales que material. La primera camada también creció y de ahí salieron algunos verracos y otras marranas. Al primer verraco lo elegí por musculoso y por estar limpio de enfermedades, era un guarro al que se le veía fuerza además de en los jamones en los ojos, sin rasgaduras en las patas, activo pero no violento, un tocino cabal. Y todo eso lo aprendí en el pueblo, donde los becerros son otros, blanditos, borrachos y violentos. Se la pasan en celo y varias veces al día van a reclamar servicios, y como ya los conocen, las hembras los ven venir y se les ocultan; pero si no encuentran con quién, van y se meten con sus propias hijas, con sus hermanas, con sus nietas, y así pagan justos por pecadores. A los cochinos no se les puede dejar hacer eso, fue lo que me dijeron, porque luego se les deforma la salud entera y ya después no se curan nunca, y toca sacrificarlos.

A las marranas les aumenta el celo cuando hay un verraco cerca, y después de los ocho o nueve meses aguantan uno o dos servicios cada doce horas. Luego les salen unas camaditas de entre diez y doce crías a las que hay que tatuarles en la oreja izquierda el número de la camada, y en la derecha el número

de lechón. Más o menos al mes se desteta y ya de ahí a seis meses están listos para vender.

Yo sí intenté hacer más corrales pero no di abasto, eso ya será cuando los cerdos vuelen, con el tiempo no eran solo las camadas que daban las marranas de acá sino las que traía el patrón, cada vez en peor estado, tocinos de cuerpos gordos y patas pequeñas, con unas deformidades que parecían como si otros cerdos les salieran en bultos debajo de la garganta, en el tronco, en cualquier parte, animales que ya solo parecían bolas de carne chillando, y sí que chillaban, hasta con los ojos, con las heridas cubiertas de una mancha blanquecina y verde y olorosa, como pudriéndose de yo no sé qué.

Luego era la comida. ¿Cómo iba a alimentar yo a esta tracamánada de animales? Al patrón no le importaba. Al principio, porque los chanchos son competidores, los grandes se comían la comida de los chicos. Pero ya después el patrón mismo iba y les llevaba cosas de comer que no sé qué eran pero olían peor que la cochambre. Yo digo que no sé qué eran, pues ni maíces ni residuos de comida de otro lugar, ni desperdicios de otros animales, eran unas cosas bascosidades agriadas, tripas de algo, migajas de algo que ni de humano ni de cochino, que tanto se parecen. Cuando se iba el patrón esos animales se yantaban también entre ellos mismos, si veían a uno enfermo lo empezaban a morder hasta que se lo atoraban todo, sin importarles si sabía a gargajo nervudo o a embutido. En el pueblo decían que lo que el patrón les daba eran

dizque vitaminas para hacerlos crecer, y luego esos animales no tenían tampoco agua, cada vez más secos y belicosos, no había forma de limpiarlos, de nada, eran bultos de carne achacosos con bultos de inmundicias apiladas.

No eches vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las pisoteen con sus patas, y después, volviéndose, os despedacen, es lo que dice la Biblia. Ya el veterinario me había dicho que tal vez yo estaba enfermo de una palabra rara, y yo no le iba a parar bolas a eso hasta que las protuberancias empezaron a incomodarme también. Después de las protuberancias la carne se me empezó a reventar, la piel entera se me volvió masato y ya no sabía yo ni siquiera de dónde me salía ese olor pútrido que hacía alejar a la gente que se me acercaba dizque por oliscar como las marranas. Luego yo quise seguir trabajando pero también en mis ojos me estorbaban la vista esos huevos envenenados que me iban saliendo, y además de la cabeza me dolía el cuerpo y no era capaz de mantener el equilibrio ni siquiera era capaz de irme de ahí. Es que ya no sé si yo mismo me fui o fue que me llevaron pero un día amanecí lejos de la finca y había pasado más de una semana y me dijeron que había estado agitando el cuerpo y como nauseando heces con sangre.

Pero volví luego. Supe que el patrón estaba dentro porque antes de llegar le vi la burbuja por la que había cambiado la carevaca. Luego me puse a ver sin hacer ruido si lo atisbaba pero solo se escuchaban los cerdos chillándose con ese mismo berrido agónico que

antes me parecía contento. Qué me iba a escuchar nadie. Como no lo vi en la casa grande fui a las cochinerías, y yo no sé qué pestilencia de huevo negro fermentándose se me metió detrás del cráneo desde antes de llegar pero me fui decidido allá con la escopeta que no fue necesaria porque la pudrición solita me desarmó.

Entendí que era el patrón porque esa era su ropa, pero la cara ya la tenía irreconocible, se le habían comido hasta el pelo o ya no se le veía nada en esa purulencia que era todavía él y que los pombitas se seguían zampando. Al caído caerle, fue lo que pensé, pero no hice nada.

Sí, fui yo el que les abrió la puerta a esos animales posesos; pero cuando llegué el patrón ya estaba muerto y los cochinos encerrados, usted me tiene que creer. ☹



Conversas de temas no tan hablados en medio de la agenda política.

AMALIA LONDOÑO, PASCUAL GAVIRIA y sus invitados presentan posturas y preguntas necesarias para pensar —sin fiebre, pero con temperatura alta—, tomar distancia de los dogmas y acercarnos a las ideas con criterio.

Apoiado por **GRUPO SURA** 

conversas SIN

AFORO

Decida quién y qué entra en su cabeza

Un proyecto de


universo
centro

• EN VIVO POR •

conversasuc.universo centro.com.co



>> A partir del 27 de abril de 2022 • PROGRAMA SEMANAL <<

El gol de Rincón

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO



En la noche del 13 de abril de 2022, pasó a mejor vida Freddy Rincón, el autor, entre otras cosas, del agónico gol contra Alemania en Italia 90, gol que clasificaría por primera vez a Colombia a octavos de final de un Mundial. Gol que, un día después, la prensa catalogaría como “el más ruidoso de la historia del país”, tanto, que hasta el inmutable director técnico de la selección se unió a ese ruido, como bien señalaría este titular de *El Colombiano*: “Increíble: Maturana cantó el gol”:

“Nunca me había pasado, pero no logró evitarlo porque todo eso nació de adentro, por encima de mi control, como una orden del corazón que pudo más que todo. ¡Qué gol, qué momento, qué alegría, qué premio!”

Ese martes 19 de junio de 1990, el cuerpo técnico de la selección, compuesto por Maturana, Bolillo y Diego Barragán, ocuparía el banco visitante del Giuseppe Meazza vestido de buen augurio: el tercero con su vieja corbata roja incandescente, el segundo con su habitual sudadera del equipo y el

primero “con el pantalón negro que a los muchachos les trae buena suerte”. A esa hora el Rolex de Maturana marcaba las 4:55 p. m., 9:55 a. m. en Colombia. Minutos antes, en la charla técnica, más allá de recordar las marcas personales en la pelota quieta, no se agregaba nada más: “Cuando se hace bien el trabajo en la semana de lo que tenés que aplicar el día del partido, ya no hay nada que decir”, declararía el Bolillo para el diario leer de los antioqueños, en un artículo titulado “Lo que no mostró la televisión”.

La polémica periodística previa al pitazo inicial la había generado el planteamiento aparentemente conservador de Colombia, con cinco volantes y un solo delantero: “Todo el plan de Maturana fue cumplido a la perfección y aunque particularmente tuve mis reservas, porque no era convincente renunciar a las posibilidades en el ataque, debo confesar que el equipo nunca había jugado en los últimos años tan seguro, dueño del partido, convencido de lo que podía lograrse”, señalaría Hernán Peláez al día siguiente en *El Tiempo*, en una columna titulada “Más que mercedo... Maravilloso”.

Así, siguiendo a la perfección el plan de Maturana, Colombia tendría las llegadas más peligrosas en la primera mitad, un total de tres en una ráfaga de tres minutos: en el 24 el Bendito Fajardo fallaría solo debajo del arco, y en el 25 y el 27 el protagonista sería la Gambeta Estrada, con un tiro de media distancia y un cabezazo a bocajarro que se irían rozando el horizontal. En la segunda mitad, por su parte, antes del par de goles tardíos, solo habría dos jugadas de riesgo: un cañonazo a quemarropa de la Gambeta que rebotaría en la humanidad de Bodo Illgner, el portero alemán, y un globito de Lothar Matthäus que rechazaría el larguero del arco tricolor. La selección tenía tan controlado el juego con su parsimonioso toque-toque que hasta le apaciguaría la hiperactividad al Bolillo: “En el segundo tiempo me senté, y cuando iban treinta minutos Pacho se quedó aterrado porque yo estaba tranquilo: ¿Qué te pasa? Es que no hay nada que decir. El equipo está perfecto. Es un buen partido y es para disfrutarlo”.

Once minutos después de hacer esa pregunta, Maturana perdería la noción del tiempo: “La última vez que me acuerdo del tiempo, me dijeron 41 y supe que estábamos listos. Incluso uno de los reporteros de radio se acercó por la malla de atrás de la tribuna para tener al Bolillo asegurado para la entrevista final”. Sin embargo, dos minutos y diecinueve segundos después recibiría este golpe de realidad: “En ese momento, me enclamburé, sentí venir lo peor cuando ese alemán, Rudi Völler, dejó a Perea en el camino y puso el pase a Littbarski. El Chonto no pudo hacer nada y el gol estaba cantado...”. Efectivamente, sería gol de Littbarski, zurdazo al ángulo superior derecho de Higuaita. Alemania 1 - Colombia 0. ¿Qué sintió el Chonto en ese instante? “Un frío inmenso, que me tiró al piso”. A partir del gol alemán, marcado en el minuto 43:19, transcurrirían 233 segundos de sufrimiento colombiano, que entregaría titulares como “233 segundos al borde del infarto” o “Digno de Hitchcock”.

—¿Qué hizo el banco para que el equipo reaccionara positivamente después del gol alemán?

—¿Yo ya no podía gritar. Estaba muerto y Pacho también, entonces Diego Barragán y el Chicho Pérez transmitieron el mensaje nuestro: “Muchachos, no se vayan a morir... No les entreguen

el balón que nos hacen el otro... ¡Vamos, vamos, vamos...!”.

Minuto 46:55: “Leonel, el guerrero antioqueño, se roba la pelota y se la entrega, por entre dos tanques, al Bendito Fajardo, que pica rauda, cruza la mitad del terreno y se la da a Valderrama, que engaña seis piernas alemanas, hasta pasársela a Rincón”.

Minuto 47:06: “En una triangulación perfecta Rincón le regresa la pelota al Bendito, quien la devuelve al Pibe. Los tanques germanos corren desesperados”.

Minuto 47:08: “Valderrama siente muy cerca el poderoso latido del corazón de 28 millones de colombianos y, como con la mano, se la cruza a Rincón, que ha visto el roto y se ha desplazado por la orilla derecha”.

Minuto 47:10: Freddy Rincón, el Coloso de Buenaventura, avanza en solitario hacia el arco alemán.

Minuto 47:11: Rincón dispara. Minuto 47:12: La pelota besa la red: ¡Gol! ¡Gol! ¡Gol!... Los relojes marcan las 11:47 a. m. en Colombia, es la hora Freddy Rincón: “Cuando el país se confundió en un solo y profundo canto, salido de lo más hondo del corazón: ¡Gol! ¡Gol! ¡Gol!...”. Curiosamente, gol del 19 en el día 19.

—Freddy, ¿cómo fue ese gol?

—Piqué al espacio vacío y vino el excelente pase del Pibe. Entonces me envolvió la tranquilidad porque sabía que era la última ocasión para alcanzar el objetivo... Entré al área y empecé a mirar al arquero. Venía de frente y muy apresurado. Vi cómo se abría de piernas y con frialdad se la acomodó por ahí. Es lo más grande que he logrado en mi vida.

Minuto 47:17: José Clopatofsky toma la foto más recordada de Freddy Rincón: un plano medio en el que está gritando el gol a todo pulmón con los puños apretados a la altura de sus mejillas. Foto que se robaría la portada de *El Tiempo* al día siguiente, bajo el titular “¡Colombia encontró su Rincón!”: “Freddy venía embalado hacia mi puesto y allí, a cinco metros de donde yo estaba, paró, soltó su grito de gol, se le llenaron los ojos de lágrimas y entonces espiché el obturador como si estuviera abriendo un hueco con el dedo en la pared, hasta que, por fin, sentí que la foto de la victoria había pasado a la película. Nunca había tenido a boca de jarro una foto tan esperada, no se me olvidará jamás”, apuntaría José Clopatofsky en una crónica titulada “Los presagios de una fotografía”, publicada el 20 de junio de 1990 en el referido diario bogotano.

Minuto 47:18: “Rincón siguió corriendo desahogado”.

Minuto 47:20: “Carlos Mario Hoyos lo abraza y en un instante se sumaron los otros suplentes. Luego vinieron todos los demás gritando como locos”.

Minuto 47:34: Mientras los jugadores continúan celebrando, aparece este letrero en las pantallas de los televisores del país: “VIVA COLOMBIA”. Es intermitente: primero amarillo, después azul y, finalmente, rojo, así durante quince segundos.

Minuto 47:49: Desaparece el letrero para darle cabida a la repetición del gol. Cuatro repeticiones desde distintos ángulos que tardan 26 segundos y que terminan justo cuando el Campeón Edgar Perea está gritando en la radio esta línea definitiva: “¡Dios es colombiano! ¡Dios es colombiano! ¡Por eso pasan estas cosas, porque Dios es colombiano!”.

Minuto 48:14: Terminan las repeticiones del gol. “En solo un minuto, en solo un minuto, pasamos de la agonía al éxtasis”, dice Wbeimar Muñoz Ceballos. “La Colombia in 4 minuti dall’inferno al paradiso”, titularía *Tuttosport*.

Minuto 48:36: Alemania efectúa el saque de salida, saca de la mitad del campo.

Minuto 48:57: Pitazo final. Colombia 1 - Alemania 1. Colombia está en octavos de final. “Milagro de Colombia: burla a Alemania y pasa”, titularía en primera plana *Corriere dello Sport*.

Posdata 1: Además del citado titular de *El Tiempo*, esto es, “¡Colombia encontró su Rincón!”, surgirían muchos otros que también jugaban con el significado espacial del apellido de Freddy. El primero de ellos saldría a la luz una hora después del partido, encabezando un cable de la legendaria agencia *Reuters*: “Rincón: un lugar en la historia”, debajo del cual se leía lo siguiente: “El nombre de Freddy Rincón quedará impreso en letras doradas en el libro grande del fútbol colombiano tras el gol que le permitió empatar a su equipo ante Alemania y que le otorgó el pase a la próxima ronda del Mundial... Rincón, de 23 años, hasta ayer uno de los tantos apellidos anónimos en esta Copa escasa de figuras, hoy es el motivo de la gran mayoría de los titulares y de la inmensa alegría del pueblo colombiano...”.

Posdata 2: Otros ejemplos de esos titulares son este de *El Colombiano*: “Vibró cada Rincón de Colombia”, y este de la revista *Cromos*: “Colombia arrinconó a Alemania”, debajo de los cuales se registraban, entre otras cosas, las celebraciones en las principales calles del país, en las que el denominador común había sido imitar el gol de Freddy: “Los aficionados no resistieron las ganas de repetir, así fuera en plena calle y en medio de los vehículos, la magistral jugada de Rincón. Niños y adultos la revivieron una y otra vez”.

Posdata 3: Ambos artículos también destacaron el impacto positivo, balsámico, del gol de Rincón en la capital de la eterna balacera: “En Medellín, los paisas se olvidaron por unas horas de las tristezas, de la muerte y la tragedia”. ¿Qué pasaba en Medellín en aquel entonces? Cinco días antes, el jueves 14 de junio de 1990, mientras Colombia jugaba contra Yugoslavia su segundo partido del Mundial, explotaría un carrobomba cargado con cien kilos de dinamita en la calle 11B con la carrera 43B, a dos cuadras del parque de El Poblado y a cincuenta metros de la estación de policía de ese barrio privilegiado, dejando dos muertos y 92 heridos. Y cuatro días después del gol de

Rincón, mientras la selección era eliminada de los octavos de final por Camerún, Medellín atravesaba “acaso el fin de semana más sangriento que haya tenido en toda su historia”, con un total de 63 homicidios entre la noche del sábado y el mediodía del domingo, una tercera parte repartidos en tres masacres, una en El Poblado, otra en Manrique y la tercera en Enciso. La peor, la de El Poblado, cometida en la taberna Oporto, la cual dejaría diecinueve muertos y siete heridos de gravedad. Así, en los primeros 175 días de 1990, Medellín completaba la friolera de 2824 homicidios, haciendo que *Semana* titulara la portada de su edición 426 con esta pregunta retórica: “¿Guerra civil en Medellín?”. La eliminación de Colombia, por su parte, provocaría este titular que se robaba la portada de *El Tiempo*: “Se acabó el sueño”. Sueño que había empezado con el inolvidable gol de Freddy Rincón. ©

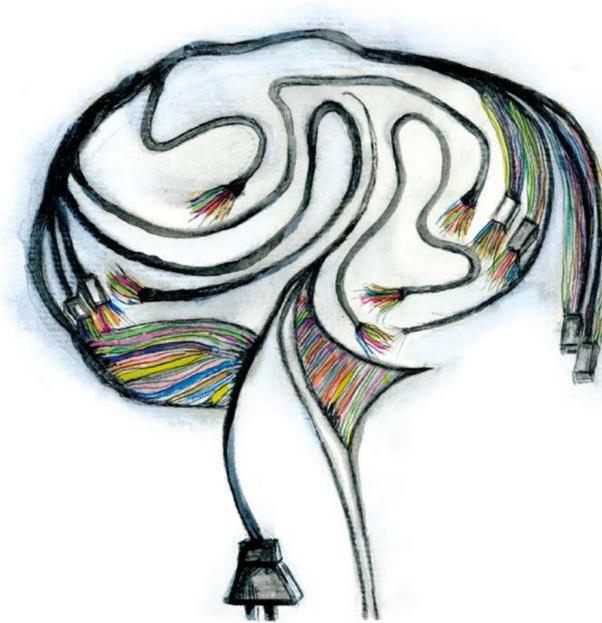
LARGA VIDA A LOS CABLES

por BRIAN LARA • Ilustración de Verónica Velásquez

De verdad: larga vida, por favor. Sentado en el piso de mi cuarto junto al tomacorriente, muevo de aquí para allá el cable casi roto del cargador de mi celular para encontrar el ángulo exacto del flujo de energía. En esa posición es más fácil reconocer lo poco que duran ciertas cosas; el sentido de andar tras ellas. Me acerco lo suficiente y puedo ver los hilos de cobre asomándose entre los pedazos de la deshecha cobertura de plástico. El tomacorriente está a un lado de la mesa de noche y eso me obliga a sentarme en el piso con las piernas cruzadas y el cuerpo inclinado hacia adelante, como si le pidiera iluminación al dios del cobre mientras intento arreglar el cable.

—Tiene un cuarto para él solo —me dijo una amiga hace poco, cuando me habló del compañero de su novio que se dedica a arreglar cables—. No sé si recuerdas al viejito de *Toy Story*, el que arregla los muñecos. Es algo así. D. me cuenta que tiene una lámpara grande sobre dos mesas con muchas cajoneras llenas de cables, conectores y herramientas de distintos tamaños.

Quién sabe cuántos años tiene el tipo, pero es imposible no imaginarlo con un pelo blanco escaso en la coronilla y alborotado en las patillas, la nariz ancha, arrugas cruzando su frente, y vistiendo una camisa beige arremangada en los puños para disimular apenas un cuerpo largo y flaco hecho de fibras duras. Un viejo genio, de esos que al ser preguntados por el tiempo que tardará un arreglo responden con parsimonia: “Tardará lo que tenga que tardar”. El tipo que trabaja con el novio de mi amiga se dedica a hacer lo que muy pocos de nosotros hacemos en la vida real: cuidar de los todopoderosos cables. Lleno de la calma zen que me confiere mi posición en el piso, me pregunto: ¿cuántas personas en el mundo tratan a sus cables



como si de ello dependiera su vida, o la de su teléfono? Con la mano en el corazón: ¿cuántas? Ahora que estoy sintiendo un pequeño tic zen saltando en mi ojo derecho mientras continúo buscando la energía (ya no sé si en el celular o en mí), lamento todas esas veces en las que al salir del cuarto me enredé con el cargador y me lo llevé por delante: cada uno de esos latigazos fue pelando el cobre del pobre cable y actualizando un índice de mi actitud desdenosa con las cosas serias de la vida.

Mi amiga me contó que don *Toy Story* se dedica a armar cables, a veces de cero, a veces a trabajar en aquellos cuya vida útil ya no es tan útil. En un centro audiovisual es lógico que haya

lo mejor, en algún momento de la antigüedad, a alguien le preguntaron a qué se dedicaba y ese alguien contestó: “A reparar cuerdas”. “¿A reparar cuerdas?”. “Sí, precisamente a eso”. En el futuro, los arqueólogos interplanetarios sabrán de nosotros gracias a los cables hallados en las excavaciones de esta civilización echada a perder. “He aquí la edad del cable corto”, dirán con orgullo.

Viéndolo de esta forma, no es extraño que algunas personas se dediquen a cuidar aquello que el resto de nosotros vamos tratando sin mucha atención. Mi amiga me confesó que su nivel de angustia aumenta cada vez que ve a las personas guardar los cables del computador o del celular sin orden alguno en la maleta, como si no les importara tener una lombriz gigante hecha de plástico y metal serpenteando a sus anchas sobre sus espaldas.

—Luego estoy yo —dijo, enseñándome una imagen de sus cargadores y de sus audífonos guardados en rollos perfectos y sujetados con cauchos y velcros de colores (vaya uno a saber si debido a un código particular).

Mi papá es de los otros, de los que le probarían a ella un síncope. En la casa tiene un cajón con cables que no usa desde Francia 98. Al abrirlo, entre el cargador de un Nokia 1100 y la conexión de video de un VHS, es posible vislumbrar los avances tecnológicos de nuestra era (además de mucha mugre y otros objetos sobre los que es mejor no preguntar). “Uno nunca sabe”, dice él como justificación de ese catálogo inútil. Probablemente, la verdad sea que le da miedo abrir esa caja de Pandora y enfrentarse a los demonios del tiempo.

Después de un rato sentado en el suelo, encuentro el punto de contacto para que mi celular comience a cargar. Siento que alcancé la iluminación. Con el símbolo del rayito en una esquina de

la pantalla me arriesgo y busco en internet algo que me tiene obsesionado desde que mi cargador y yo comenzamos a llevar a esta relación tóxica. Entre los muchos videos que hay de gente cableando, me intrigan especialmente aquellos de personas que organizan los cables de las torres de los servidores de información. Videos con un antes y un después, en los cuales vemos en un primer momento dos o tres torres cableadas con infinitas líneas de colores que cuelgan a lo maldita sea sin temor de los dioses o de Marie Kondo, para luego ver el proceso de desconexión y reconexión —de recableado— de todas y cada una de esas tiras salvajes hasta que la torre brilla como si fuera de marfil. En ese porno para organizadores el pajazo es mental: confiar en que puede haber un orden en el mundo y en la vida.

En parte esa misma utopía guio desde siempre el afán por la electricidad. Cuando se hizo la luz el objetivo fue iluminar el mundo, hacerlo visible en cada uno de sus rincones, posibilitar su movimiento a partir de la evidencia de que desde entonces podríamos encontrarle sentido a lo que vemos y a lo que no vemos. Esa idea fundadora de los padres de la luz llevó a querer ver más allá de lo podía enseñar el fuego; algo así como a querer iluminar el camino.

Durante la primera mitad del siglo XIX circuló en Francia una revista llamada *La Lumière Électrique: Journal Universel d'Électricité* con la intención de dar a conocer al universo los nuevos descubrimientos en la materia. La traigo a colación porque en la portada de la edición de 1884 (entre las otras bellísimas que publicaron) aparece en el centro de la composición una diosa neoclásica de la electricidad sobre algo similar a un globo terráqueo; ella saca chispas de sus pies mientras sostiene con las manos un cable que conecta unos generadores a su izquierda con una fábrica a su derecha. Es la imagen de lo que se pone movimiento. Allí estamos viendo el alumbramiento del mundo, su iluminación y su puesta en marcha. Podríamos pensar que ya entonces el pajazo sobre la idea de un orden en el mundo reinaba sobre nuestras cabezas: basta notar que los cables y el uso que les hemos encontrado a partir de ese momento se han impuesto para organizar nuestro espectro visual y sonoro. La manera en la que experimentamos lo que nos rodea está mediada por un cable, mínimo. Lo que vemos, lo que oímos e incluso lo que decimos necesita de esos cordones de alambre y plástico.

Ya no me parece tan raro preguntarme cuántos cables hay en mi vida. Antes me preguntaba cuántos podía haber en el mundo, pero la ambición en ocasiones es un vicio. Aun así la respuesta me desborda. Recuerdo que una madrugada en la que volvía medio tomado a la casa decidí acostarme en la mitad de la calle para ver el cielo profundo de lo que pronto sería el amanecer, buscaba un morado que es azul que es gris que es verde y está embadurnado de nubes, y lo único que vi fue una mañana de cables negros de alta tensión que se cruzaban como rayones sobre mi cabeza. Me encontré con la obra de un vanguardista que agarró una pintura romántica sobre el cielo y la tachó con marcador de esquina a esquina. Quienes miran para arriba y dicen: “¡Qué bonito está el cielo!”; son unos tramadores; el cielo que vemos está lleno de líneas que cruzan y anuncian la velocidad, el vértigo de la ciencia ficción. Solo al aceptarlo empezamos a ver toda la belleza de la imagen. Una vez alguien me contó que el alcalde de un municipio del país tenía en su plan de gobierno la intención de mandar bajo tierra los cables del alumbrado público. Lo imagino fantaseando con acostarse medio tomado en la plaza, junto a la iglesia, para ver el cielo

despejado del amanecer. Sé que bajo nuestros pies también yacen montones de cables; sé que tras las paredes de mi apartamento duermen montones de cables. ¿Cómo se verá eso? ¿Cómo se verá una “radiografía” que revelara los cables del mundo?

Mientras miro de reojo si mi celular sigue cargando, hago un inventario de los otros cables que tengo en la casa. Me siento como Bubba, el de *Forrest Gump*: hay cables para cargar el celular, para cargar el computador, para cargar el control del Play, para el televisor, para el módem de la parabólica, para los instrumentos musicales, para los equipos de sonido, para lavadoras, neveras, planchas, licuadoras, sandwicheras, máquinas de afeitar, secadores para el pelo, para conectar dos aparatos entre sí, para conectar el audio entre aparatos, para conectar el video entre los mismos aparatos, para conectar un cable con otro cable..., y los hay largos, cortos, delgados, gruesos, resistentes, quebradizos, corrugados, lisos, fáciles de guardar, fáciles de perder, y estoy seguro de que esos no son todos. Pixar podría hacer una película megataquillera con semejante universo. Hollywood podría hacer una distopía megagringa con semejante universo: si todos los cables del mundo fallaran al mismo tiempo, literalmente, arrancarían una era de oscuridad.

Esto lo pienso con la portada de *La Lumière Électrique* en mente. Bajo esa diosa pagana de la *électricité* descansan dos querubines desnudos, uno a cada lado de la imagen. Están hablando por medio de un teléfono eléctrico cuyo cable cuelga horizontalmente entre ambos. El de la derecha dice algo con el auricular en la boca y el de la izquierda escucha con el auricular en el oído, la cabeza inclinada. Vaya uno a saber qué se están diciendo. “¿A qué te dedicas?”. “A reparar cables”. “¿A reparar cables?”. “Sí, precisamente a eso”. Podría ser cualquier cosa. Lo importante es lo que está sucediendo ahí. O mejor, lo que la imagen sugiere que está sucediendo ahí, en esa representación de lo que está sucediendo en el mundo: la electricidad y sus cables como un mecanismo de conexión. ¿Para qué más es un cable si no para conectar? Dado el caso de que algún fenómeno natural catastrófico provoque una falla mundial en los cables, entraríamos en una incertidumbre total respecto a la manera en la que nos relacionamos con las cosas que vemos y no vemos, y las que oímos y no oímos. ¿Hubiéramos sobrevivido estos dos últimos años pandémicos sin la larga o corta vida de los cables? Seguro que sí. Yo por lo menos sé por esta noche que tendría una cana menos de no haber tenido que poner a cargar mi celular con un cable roto. Habría sobrevivido un poco más, mejor dicho. Es claro que en esa distopía descableada volveríamos a conectar con el mundo de otra manera, mientras el territorio entero del planeta pasaría a ser una inmensa ruina arqueológica: cada centímetro de tierra, de cielo, sería un vestigio más para componer la historia de la edad del cable corto. ©



exlibris.com.co

Libros, café y comida :
3003628240 ☎
(y en rappi)

Seguimos leyendo

HAY PIEDRAS CON LAS QUE VALE LA PENA TROPEZARSE MÁS DE UNA VEZ

OPALO bistró

TRAGOS / CAFÉS / MERIENDAS

ABIERTO DE LUNES A DOMINGO DESDE LAS 4:00 PM
MEDELLÍN CARRERA 42 # 54-58

PIZZERIA CENTRO

Lunes a sábado de 12 m a 10 pm
Domingo de 12 m a 9 pm
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Domicilios en el centro
a través de Domicilios.com

Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com

34 hombres y una mujer

Es 1946 y están a punto de graduarse en Medicina. Todos importan, pero ella mucho más. En una época de dogmas según los cuales las mujeres tenían el destino marcado (el hogar, el esposo, los hijos), Klara Glottman eligió las ciencias. ¿Quién fue? Hace ochenta, noventa o cien años había opciones (no muchas, pero había). Algunas mujeres fueron obreras en las fábricas de tejidos; otras estudiaron secretariado, mecanografía o contabilidad en la Escuela Remington; otras eligieron la vida religiosa con sus viajes y aventuras llevando la cristiandad a Tombuctú; algunas prefirieron avanzar en lo social ingresando a las asociaciones femeninas; otras, a la Escuela Doméstica de Medellín donde

aprendían desde cocina y planchado hasta horticultura y repostería; otras eligieron un camino en el que las oportunidades para las mujeres eran escasas: entre ellas, Klara. Para ser aceptada en una profesión "tradicionalmente masculina", además de cambios en el sistema educativo, Klara contó con el apoyo de su familia (provenían de Europa, donde las mujeres ya incursionaban en el campo científico) y con el de un decano con mentalidad abierta. "Preséntese", le dijo. En ese entonces (además de las calificaciones, fotos, pagos y la aprobación del examen) se requerían certificaciones morales: las mujeres debían acreditar que no vivían solas o con sus hermanos, que no vivían en hoteles, pensiones o apartamentos y

que su colegio respaldaba su idoneidad moral. Klara ingresó en 1941 a la facultad de Medicina. No fue la única mujer, pero sí quien llegó más lejos. Con ella se matricularon Clara Uribe y Lúgía Montoya. Solo se graduó Klara, en 1946, tras superar prejuicios y burlas de sus compañeros: la llamaban Klara Glúteos, según cuenta el anestesiólogo y escritor Tiberio Álvarez en su libro *Escuela de Medicina de la Universidad de Antioquia, ciencia y presencia en la historia 1871-2016*. También superó el antisemitismo: los judíos llegaban a ser blanco de insultos, como lo narra Héctor Abad en *El olvido que seremos* (aclarando que en general Medellín ha sido una ciudad amable con esta comunidad). Luego de graduarse,

Klara fue a Harvard. Se especializó en endocrinología ginecológica. Aunque se avanzaba hacia sociedades más igualitarias, "no todas pudieron lograrlo. Bachilleres recién graduadas fueron presionadas para volver a sus hogares, dejando el desarrollo profesional a los hombres", como lo cuenta la revista *Semana* en un artículo sobre la historia del voto femenino en Colombia. Otras mujeres, quizá con más suerte, más ingresos y más vocación, fueron abriéndose paso hacia la siquiatria, pediatría y obstetricia. Para ellas, Klara fue inspiración. @

Más #imágenes sobre #mujeres, #sociedad y #cultura en bibliotecapiloto.gov.co bpp.digital.



Grupo Medicina, por Fotografía Rodríguez, 1946. Archivo fotográfico de la BPP.

El reciclador reciclado

por MAURICIO LÓPEZ

Todavía es la madrugada y el espasmo de la noche sigue cabalgando en el aire denso como una nube vagabunda, la figura de Héctor Hernán Jaramillo Ramírez se hace visible en una de las esquinas de Campo Amor con su particular rengueo y ese particular espíritu de juglar inmarcesible que lo hace cantar y contar chistes en cualquier explanada, contrariando la gélida oscuridad de esas horas silenciosas y vacías.

Cada martes y cada jueves el hombre sale a recorrer esas calles arrastrando su carrito de reciclaje, deteniéndose en las casas para recoger el material que unas cinco mil personas le han apartado durante toda la semana. A cambio, Héctor les entrega un puntaje, como si se tratara de un juez de *reality*, fijándose en la cantidad, calidad y limpieza del material reciclado.

Y esos vecinos, que tantas veces lo han visto dando vueltas por el barrio, sonrían como niños cuando lo ven llegar, y lo saludan y lo tratan como a un familiar más, haciéndolo pasar a la sala para darle café, desayuno o almuerzo.

A su vez, Héctor se ofrece para poder los jardines, comprar medicamentos o ayudar a cargar las bolsas del mercado. Es un trueque amistoso y permanente, construido a partir de una iniciativa novedosa, Mi barrio sin residuos, un convenio de reciclaje entre Recimed y los habitantes de los barrios Campo Amor, Cristo Rey y Trinidad, en la Comuna 15, y apoyado por Coca Cola.

Héctor no solo recorre las casas de las personas que han aceptado cambiar sus hábitos de vida para ayudar a cuidar el medio ambiente. También pasa por algunas de las cien tiendas y minimercados aliados a la estrategia, y en donde los puntos que entrega el reciclador cobran valor monetario.

"Hay cinco mil personas vinculadas a la Ruta Verde. Nosotros las identificamos con sellos que ponemos en sus hogares. El reciclador pasa, recoge la bolsa con el material y les entrega puntos. Por cada bolsa pueden ser cinco o hasta diez puntos. La gente los va acumulando mensualmente, dos veces por semana. Luego, Recimed les envía un cupón con el acumulado de puntos a cada persona, a través del correo electrónico o el WhatsApp, o incluso físicamente, y con ese cupón las personas van a las tiendas y los minimercados y los redimen por cosas que necesiten", cuenta Leonardo Jiménez, director de la cooperativa.

Cien puntos equivalen a mil pesos, pero muchas veces las personas que reciclan no los usan, y prefieren entregarlos el beneficio a los recicladores de la cooperativa. A Héctor, por ejemplo, le han regalado muchos de esos cupones, y con ellos, el hombre de cuarenta años de edad y oriundo de Yarumal, norte de Antioquia, completa para el mercado o se empuja una que otra gaseosa para refrescarse en los días de más duro trajín.

"Es un gana gana", dice el laborioso Héctor, quien vive en el Popular 1 de Medellín, allá en lo alto de la comuna nororiental. Se despierta todos los días a las 2:30 de la mañana y trata de no hacer ruido para que su esposa siga durmiendo. Se prepara los tragos y luego sale, cuando todavía el velo de la noche envuelve la



Héctor Hernán Jaramillo Ramírez.



ciudad, a recorrer las calles en busca de lo que muchos llaman basura, pero que para él es su sustento, su futuro, su proyecto de vida.

Los martes y los jueves, días en los que los camiones de Empresas Varias recogen los desperdicios, son los más duros para Héctor y los otros diecinueve recicladores vinculados a Recimed. Por eso madrugan tanto, para cogerles ventaja a los ruidosos camiones, y para adelantarse a la jauría de revoltosos habitantes de calle, quienes, como hienas hambrientas, destruyen cuanto bolsa encuentran para llevarse envases, cartones o plásticos que luego venden por cualquier peso en las empresas de reciclaje del sector, y que en Guayabal abundan.

"Es una competencia. La gente ha ido entendiendo que es mejor que nos esperen a nosotros, porque ya sabemos lo importante que es el reciclaje, y lo importante que es hacerlo bien. En Recimed nos han capacitado, y nosotros capacitamos a los vecinos que nos colaboran. Es una lucha para salvar el medio ambiente, para salvar la vida", expresa Héctor.

A los ocho años de edad, Héctor se vino colgado de las faldas de su mamá para Medellín. Llegó a vivir donde una tía en Manrique, junto a cinco de sus hermanos, y era tanta la algarabía que armaban en esa casa, que al poco tiempo la tía se colmó por el estrés y los mandó para donde la abuela, en ese mismo barrio.

"Nos tocó ponernos serios, y sobre todo a mí, que cuando cumplí los diez comencé a trabajar en la calle, como vendedor ambulante, porque en cada familia, siempre, alguien se tiene que sacrificar

para que los otros sobrevivan", rezonga el hombre, aunque sin ningún atisbo de queja.

Vendía limones y aguacates en esos primeros embistes callejeros, luego se pasó a vender flores con pasante en las cantinas y bares de las zonas rosa.

Como vendedor ambulante se hinchó las pantorrillas y se llenó de juanes hasta los catorce años, edad en la que se pegó de su tío Gilberto en las labores de albañilería. Comenzó como ayudante, mezclando cemento y paleando arena, hasta que aprendió a revocar y se siguió de largo hasta la mampostería.

"Era muy teso para eso, pero tampoco me acomodé a ese oficio", acepta el yarumaleño.

Su hermano Rafael le enseñó electricidad mecánica y con eso se sostuvo hasta que llegó al mundo del reciclaje. Un vecino del barrio lo invitó una mañana a recoger los supuestos desperdicios de la mundanidad, y entonces se dio cuenta de lo insensibles que somos como humanidad.

"No lo podía creer. Lo que la mayoría considera basura, para mi amigo era fuente de sustento, y eso me enganchó. Me gustó la cosa de inmediato, y no quise hacer otra cosa sino eso", expresa risueño Héctor, quien entre chanza y chanza tira matices de seriedad y sabiduría callejera.

Ese amigo lo presentó en Recimed, una cooperativa de recicladores que surgió en 2006 a partir de un diagnóstico del Área Metropolitana del Valle de Aburrá, que alertaba sobre la falta de censo y cohesión de la población recicladora de Medellín.

Recimed, además, nació con un componente de multiactividad, en el que se

involucran tenderos y vecinos de los barrios por donde pasan las rutas verdes de la cooperativa.

Esa alianza con los vecinos de Guayabal es, ante todo, amistosa, y por eso Héctor es considerado como un allegado, como un primo lejano o un tío que de vez en cuando hace visita.

"Nunca me falta el desayuno, o el almuerzo. Llego temprano y doña Marta me invita a cafecito. Y por las tardes doña Flor me da sudado de pollo. Yo también me comporto bien con la gente. De eso se trata este trabajo, de generar buenas relaciones", dice el hombre, quien conoció al amor de su vida recogiendo material reciclado.

"Johana se llama mi esposa. La conocí en este negocio. Ella hacía su ruta y yo me ofrecía a llevarle la carreta, y así la fui encarrutando, jajajaja", asegura.

Recimed agrupa el veinte por ciento de los recicladores informales de Medellín, y el cincuenta por ciento de sus asociados son mujeres cabezas de familia. Toda esa mano de obra se gana la vida aportando al bienestar del medio ambiente y, aunque no se note, ayudando a generar tolerancia entre la ciudadanía.

Héctor es padre de dos niñas y sigue viviendo en el barrio Popular 1. En esa montaña repleta de ranchos es feliz, y a veces hasta se para en los miradores a observar la gran ciudad que se extiende a lo largo del valle del río Medellín. Todas esas lomas, calles y recovecos los ha recorrido con su carreta, recolectando materiales que, de otro modo, causarían daños irreversibles a la naturaleza pero que, gracias a él y a sus compañeros, termina siendo reciclado y reutilizado.

UNA HERMANA A DENTRO

por LINA MARÍA PARRA OCHOA

• Ilustración de Sr Ok

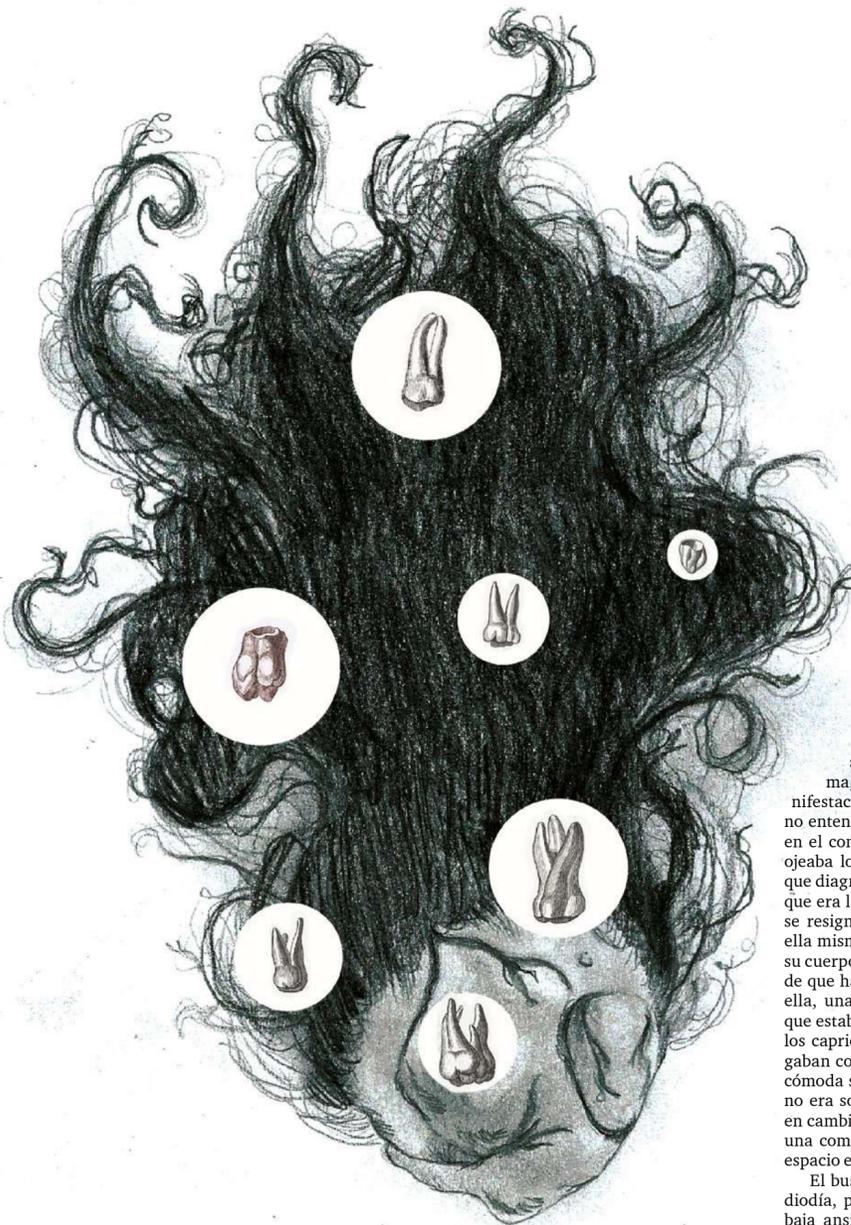
En temporada seca la carretera polvorienta tiene un halo amarillizo. La tierra delgada nunca se asienta, siempre revuelta por el pasar de los carros, los caballos, las mulas y de alguna de las chivas que aún sobreviven en el pueblo. En cambio, dentro del bus el clima está húmedo, el sudor de todos los pasajeros genera un vaho caliente que le molesta a Lina en la nariz. Siempre tuvo muy buen olfato, demasiado, tal vez, teniendo en cuenta que los olores de la ciudad son en su mayoría malucos, pero ahora ese aroma pesado del sudor y el polvo apenas si le llega a la nariz como un estorbo tolerable. Desde la cirugía ha dejado de oler con la agudeza de antes. Ahora, sentada en una de las últimas sillas del bus, agarra con fuerza una cajita de madera en la que lleva aquello que le removieron del cuerpo en el quirófano hace un mes. Dentro, en un frasco lleno de formol, flota eso que un día podría haber sido su hermana. Va a enterrarlo en un lugar de la montaña que solo ella conoce. Eso es una bola de pelos, de carne y dientes que creció por años alojada en su cuerpo hasta alcanzar un tamaño que llamó la atención de los médicos en sus chequeos anuales. Pensaron que era un tumor problemático porque estaba ocupando espacio en su cavidad abdominal, produciendo una presión en los órganos que le generaba a Lina problemas digestivos. Después de exámenes más detallados fue que entendieron a qué se enfrentaban.

Cuando el médico le explicó a Lina qué era realmente su tumor, ella no se sorprendió para nada. Conocía el fenómeno al detalle. Los gemelos eran una de sus grandes obsesiones, sobre todo el *fetus in fetu*, esa anomalía congénita en la que uno o más fetos en parcial desarrollo son absorbidos por un feto completamente conformado. Pasó horas eternas de su adolescencia mirando en internet fotos grotescas de bebés deformes, con varias extremidades, las suyas y las de sus gemelos absorbidos, bebés con cúmulos carnosos dentro del vientre que a veces parecían un pequeño pie, o una cabecita con una oreja incipiente, o una bolsa de vísceras pequeñas. Era caprichosa la manera en la que un feto absorbía al otro en el proceso de desarrollo dentro del útero. A veces las células de uno de los hermanos, incorporadas por el otro, seguían creciendo, para formar piernas o brazos, dientes y orejas, pelo, intestinos. Esas insinuaciones de lo que pudo ser un hermano, quedaban adheridas al cuerpo del bebé vivo, que nacía con ellas pegadas, como un pequeño monstruo absurdo. Lina recuerda el caso de una niña de la India que nació con ocho extremidades, las suyas y los dos brazos y las dos piernas de una

hermana que nunca fue. Inmediatamente se la consideró una diosa, la reencarnación de Kali entre los mortales. Los papás tuvieron que dejar el pueblo para llevarla a una ciudad donde pudieran operarla, quitándole su estatus de diosa, y permitirle finalmente caminar. El tratamiento había sido largo, varias cirugías y terapias hasta que en el cuerpo de la niña solo las cicatrices delataban la existencia de esa otra, de la hermana, de la parte diosa. La niña que había nacido Kali aprendió a caminar casi a los siete años, con unas piernas recién operadas y Lina siempre se preguntó si extrañaría la presencia de las otras extremidades, la presencia de la hermana, si esa ausencia dejaría tras de sí un fantasma propio. Ahora, en el bus, cubierta de sudor y entrecerrando los párpados para evitar que le entre arena en los ojos, ella siente su propio fantasma, su propia ausencia presente dentro de ella. Un hueco perpetuo en el estómago.

También era caprichosa la manera en la que las células del gemelo absorbido se desarrollaban dentro de su hermano huésped. Cada *fetus in fetu* le parecía a Lina único, complejo en su pequeñez, la reducción de lo que podría haber sido una persona a tan solo unas partes. En su caso, le explicó el médico, las células de la hermana que había seguido desarrollándose eran las que producían pelo y dientes. Lo que pudo ser ella, la gemela, era apenas una bola de carne y piel de la que salían algunos dientes pequeños y un ramillete de pelo crespado y oscuro. Lina nunca le dijo a nadie, pero ella sabía que algo le faltaba, intuía una presencia, una otra que extrañaba sin entender muy bien cómo o por qué. El diagnóstico simplemente confirmó que había alguien que pudo haber sido pero que no fue, o que no fue del todo, existiendo apenas como una posibilidad antigua, aferrada a la vida celular dentro del cuerpo de Lina. Lina alimentando a su hermana, hospedándola, guareciéndola, gestándola.

Lina pidió que le dieran aquello que se le extrajera en la cirugía. No sabía si decirle el feto, el tumor o la hermana, pero quería tenerlo, mirarlo, aprenderse sus formas y, eventualmente lo entendió, enterrarlo. Había un lugar en la montaña, a las afueras de Heliconia, el pueblo de la familia de su mamá, el pueblo donde pasó la infancia. Ese lugar le brilló en el recuerdo mientras le entregaban en la mano el frasco que contenía adentro lo que habría sido la hermana. En medio de la montaña, mirando al pueblo con los brazos abiertos, se erigió un Cristo Rey blanco, alrededor del cual habían puesto un parque infantil, con columpios y un matacullín rojo. Cuando era chiquita Lina subía la montaña caminando con sus primos y sus tías. Era



un paseo que hacían siempre, como un ritual. Saludaban de pasada a don Pedro Nel, quien a veces les prestaba una mula para dar una vuelta. Encontraban al lado del camino dormideras y todos los primos competían a ver quién era capaz de dormir más plantas, buscaban unas maticas que tenían unas vainas verdes y brillantes, que reventaban como resortes cuando las estripaban con los dedos, y llegaban sudados y enterrados a la cima donde el viento frío los refrescaba mientras con los brazos estirados señalaban las calles y las casas que reconocían abajo en el pueblo. Luego jugaban mientras las tías conversaban sentadas a los pies del cristo, antes de emprender la bajada. Un día Lina se sentó en el matacullín pero nadie quiso acompañarla. A veces le pasaba, y todavía le pasa eso de que, en medio de un gentío se da cuenta de que está sola y se vuelve casi invisible. Fue ahí que la vio. Apareció en el lado vacío del matacullín, el lado que estaba en alto. Apareció sin un cuerpo que pesara para nivelar un poco el juego. Pero apareció y Lina supo que era otra ella, otra Lina. Intentó conocer su nombre pero apenas le llegaban a la cabeza sonidos, susurros, como la voz que intenta salir de una cueva. La cara suya mirándola, el mismo pelo

crespo, los mismos ojos oscuros, la misma palidez en la piel cubierta de pecas. La misma niña que era ella y otra a la vez. La hermana gemela que nunca tuvo pero que siempre extrañó. Entonces Lina tenía diez años pero entendió a quién le hablaba siempre que jugaba sola, a quién le contaba cosas antes de dormirse, quién la acompañaba cuando ella estaba sola pero sentía que no, que algo rondaba, que algo le agarraba la mano, que algo pícaro y feliz, pero también triste y oscuro, la acompañaba siempre. La hermana gemela, la doble, la otra ella. Lo que llenaba el hueco extraño que siempre cargaba adentro, porque los huecos también pesan en la manifestación de su ausencia. Supo que esa hermana habría existido y que, de alguna manera, nebulosamente, existía como una idea, como un desdoblamiento, como un recuerdo del futuro posible. Después de la sorpresa apartó la mirada buscando ver si alguien más se daba cuenta, si alguien la veía y apenas, por el raballo del ojo, vio cómo esa otra se transformaba en algo más oscuro, un espectro ondulado de pelo oscuro, lleno de dientes blancos, una envía latente que desaparecía al mirarla de frente para volver a ser ella, un reflejo exacto la una de la otra. A sus diez años

Lina no pudo contarle a nadie de esa que veía, y tuvo que entender sola esa sensación extraña entre la compañía y el miedo que implica nunca estar completamente sola.

Durante los años siguientes Lina vio a esa otra ella muchas veces, pero nunca supo del todo si esa que veía era un fantasma, si era su gemela o solo la manifestación de una añoranza de la que no entendía muy bien el origen. Luego, en el consultorio del médico, mientras ojeaba los resultados de los exámenes que diagnosticaban el *fetus in fetu*, supo que era la posibilidad de la otra que no se resignaba a no ser, alimentada por ella misma, por Lina, por la energía de su cuerpo. Y entonces, junto a la certeza de que habría podido existir otra como ella, una Lina reflejada, la certeza de que estaba destinada a ser dos pero que los caprichos de la biología a veces jugaban contra los destinos, una cosa incómoda se instaló también. Ya esa otra no era solo una compañía complicada, en cambio se sentía como una invasión, una competencia por el cuerpo, por el espacio en la existencia.

El bus llega al pueblo antes del mediodía, pero Lina no tiene hambre. Se baja ansiosa por terminar lo que viene a hacer. Sabe que después de tantos años, las personas del pueblo ya no la reconocerán. Si quisiera encontrar un conocido, conversar, que la invitaran a tomar el algo, le tocaría ir a donde las hijas de Yolanda y explicar que es ella, Lina, la mayor de Soledad. Sí, Soledad la de Chepe. O ir a la tienda de la esquina donde Correíta, que vendía de todo, desde pastillas para el dolor de cabeza hasta sombreros y zurriagos, desodorantes, machetes, enlatados, algodón. Le tocaría entrar y decirle lo mismo, que ella es una de las nietas de Chepe, de Chepe Ochoa. Y le tocaría contar qué ha sido de toda la familia y qué fue del abuelo y justificar por qué nadie ha vuelto al pueblo. Pero no quiere hacerlo, no tiene ganas.

La plaza está vacía, todo el mundo anda resguardándose del calor en las casas, y algunos señores que fermentan la borrachera de la noche anterior se balancean en las sillas de la cantina. Al pasar Lina recuerda a su propio abuelo ahí sentado, con la mesa llena de botellas de cerveza vacías, borracho pero nunca vencido, siempre con la cabeza en alto. Recuerda el mural junto a la gallera, donde había pintados unos gallos de pelea, y lo busca con la mirada para encontrar que encima pegaron una propaganda política. Le duele el estómago, pero no es la cirugía sanando, es la

añoranza por el pasado que ella misma ya ni sabe si fue o si ella se ha ido inventando con los años. Camina por la calle que ella reconoce como propia, como la de su infancia y que a la vez se siente insuportablemente desconocida. Como siempre, ve una que otra mierda de caballo, pero ya el olor no es insufrible como habría sido antes. Desde la cirugía ha notado unos cambios sutiles, además del olfato mermado. Se siente más torpe, como si no fuera consciente del tamaño de su propio cuerpo y constantemente se pega contra las esquinas o contra las chapas de las puertas. Teme que le hayan sacado algo más que el *fetus in fetu*, o que ese cúmulo de células vestigiales de lo que hubiera sido su hermana, también albergara un secreto de su ser que ahora quedó cercenado para siempre. Desde hace tres semanas se siente partida, radicalmente incompleta.

Sigue el camino hasta que deja el pueblo atrás y empieza a subir por la montaña. Las plantas todas le son familiares y, aunque nunca fue buena para conocer los nombres, sabe que algo cambió porque ya no encuentra dormideras al lado del camino. Ni tampoco las maticas con las vainas que estallan como resortes. El clima se ha calentado con los años, ahogando esas maticas o mudándolas montaña arriba. El morral que lleva no pesa pero la botella de agua le talla en la espalda. Aun así, Lina no se detiene, ni a preguntar por don Pedro Nel ni a agarrar una guayaba que está entera, colgando de una rama a la altura de sus ojos, todavía verde como le gusta. Solo se para ante la entrada del parquecito del Cristo Rey. Le pusieron una reja de metal y la puerta está cerrada con candado. No hay nadie por ninguna parte. Lina está sola. Por el raballo del ojo intuye a la otra, la gemela. A veces es su propia doble, a veces es esa cosa oscura de pelo largo y dientes. Parpadea y de nuevo son iguales, son la misma en reflejo y el hueco de su ausencia la atropella como nunca. Esa soledad imposable de sanar que siempre carga, como un miembro fantasma, una hermana fantasma. Escala la reja. La malla de metal se agita pero aguanta su peso y Lina salta al otro lado con facilidad. Los jueguitos de su infancia están que se caen de lo oxidados. Ya ni se distingue de qué color eran, pero ahí, hacia un lado del parquecito, encuentra el matacullín.

La caja de madera tiene tallado en la tapa el dibujo tosco de un cuerpo con dos cabezas. Se la encargó a un carpintero para darle una especie de atáu a esta cosa que carga desde hace días en el frasco de formol y desde toda la vida en un rincón oscuro de su vientre. Vuelve a mirarla, la cosa, el tumor, la

hermana. Los dientecitos de bebé que salen como chuzos de esa bola de carne del tamaño de su puño, el pelo que lo envuelve todo, largo, tan parecido al suyo porque son el mismo, las mismas células lo producen. Esa cosa deforme, terrible, es ella misma reducida a lo básico, a la manifestación azarosa de la información genética que se aloja en sus células, solo que lo que está dentro del frasco hubiera sido la otra Lina. Entonces no habrían estado solas.

El lugar que solo ella sabe es al pie de la base de la barra que sostiene el matacullín. Justo en el punto de anclaje donde los dos lados se encuentran y se vuelven uno. Lina se arrodilla para cavar un hueco con sus propias manos. Abre la caja de madera y mira de vez en cuando el frasco mientras araña el sueño. La tierra está seca y compacta, y se le mete por debajo de las uñas. El trabajo es más difícil de lo que parece. Entonces la siente, en frente suyo, ella, la hermana fantasma que no fue pero que lucha por existir, por multiplicarse, aunque sea en el capricho de algunas células. Aparece frente a Lina como un reflejo y ahora son dos las que cavan con las manos el suelo seco. Son dos que se miran a los ojos y se entienden como una sola, siamesas, completas. Como si algo las instara a terminar lo antes posible cavan sin descanso, con los dedos lastimados por la dureza de la tierra y las piedras. Lina es derecha, pero pronto se da cuenta de que ella, la otra, es zurda, habría sido zurda. Entonces dos pares de manos se mueven al tiempo en una coreografía secreta porque las una algo indecible, más allá de la biología. Cuando Lina mete las manos en el hueco para arañar más tierra, siente los dedos de ella, la siente por primera vez en su vida, aunque el único cuerpo que pudo haber tenido está ahí flotando en el frasco. Lina siente sus dedos que se tocan y ve como son dedos un momento y luego son eso otro, ese monstruo de pelo negro que empieza a estirarse para envolver sus manos, aferrándose a ellas.

Cuando el hueco es lo suficientemente grande para la caja, entierrada y sudorosa, Lina mira por última vez el contenido del frasco antes de cerrar la tapa. Empaca la caja en una tela roja que traía en el morral y pone todo dentro del hueco con delicadeza, como si lo de adentro estuviera dormido. Luego son cuatro manos las que echan tierra, cuatro manos las que la apelmazan, cuatro manos que trabajan juntas y se van uniendo por las puntas de los dedos en una imagen grotesca que Lina no puede dejar de mirar. La punta de sus dedos es la punta de los dedos de ella, como una continuación absurda, y la mata de pelo que sale de ella se extiende como algas vivas atrapando a Lina, invadiéndola. Por un momento son un monstruo siamés. Como una posesión silenciosa la hermana fantasma habita el cuerpo de Lina y adentro, igual que en un apartamento estrecho, empiezan a acomodarse las dos. Lina debe hacerse a un lado en unas partes para que la otra tome control, para que existan ambas en ese cuerpo.

Con los pies Lina termina de comprimir la tierra del hueco tapado, y con cada movimiento aprende que ya no es ella sola quien mueve su cuerpo, sino que una mueve una pierna y la otra la otra, que una mueve un brazo y la otra el otro. Cada acción es un aprendizaje de ese nuevo cuerpo habitado que no es del todo reconfortante, ya que también gesta dentro una lucha, porque son dos y una al tiempo, una contradicción biológica. Una anomalía, el destino que se venga y rectifica los azares de la reproducción celular.

A modo de experimento científico, para saber si no se está enloqueciendo, la parte que sigue siendo Lina saca del morral un cuaderno y un par de lapiceros. Cada una coge uno, dos manos ambidiestras, y escriben en espejo desde el centro hacia afuera, escriben con la misma letra, escriben la misma palabra. Arrancan la hoja y, pisada con una piedrita, la ponen sobre la tierra. Una nota a manera de lápida pasajera hasta que se la lleve el viento o la deshaga la lluvia. Finalmente, las dos son dueñas del cuerpo, de las células que crecen, que se reproducen, que mueren.

La bajada al pueblo es extraña en el cuerpo compartido, con los ojos compartidos, y el hueco de la ausencia está ahora tan lleno que ahoga. En la garganta sienten algo como una bola de pelo que no termina de acomodarse. Ahora todos los olores llegan fuertes a la nariz y las ideas se chocan en la cabeza mientras son dos las que piensan. Entran en la cantina de la plaza. Después de todo es más importante hacer el ritual del abuelo, sentarse a fermentar esta extrañeza hasta que se calme un poco. Abren la boca y sale la misma voz de Lina que pide dos rones dobles, pero ellas saben que son dos voces las que resuenan. Cuando el señor de la cantina les pone los tragos en la mesa, frunce el ceño como buscando en la cara de Lina un parecido que intuye en las cejas pobladas y puntiagudas, las mismas de su abuelo, pero ella no quiere decir que es ella, de las Ochoa, la de Chepe. Baja la mirada. Bajan la mirada. Cada mano agarra una de las copas de ron y, mientras acuerdan quién se la toma primero, entienden finalmente que las dos están juntas del todo, reflejadas y completas, que son ambas la hermana de la otra. El monstruo ambidiestro que siempre debieron ser. ☺



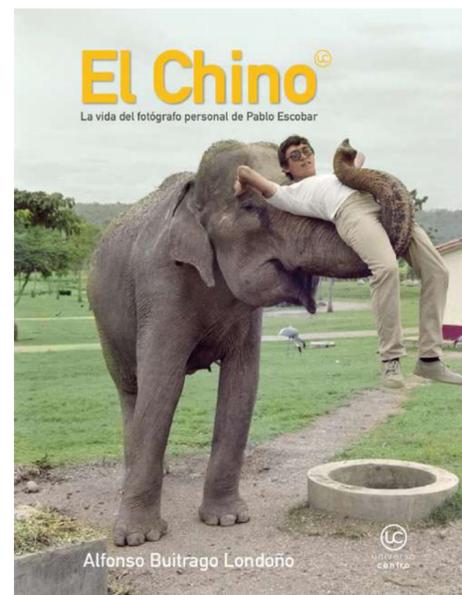
Adán y Eva

El Chino hace memoria y recuerda esos días de finales de 1980 en los que su principal encargo era ir a Nápoles para completar un registro de animales que parecía inabarcable, pues no paraban de llegar de varias partes del mundo. Cumplía con sus encargos como podía, caminando solo por pastizales con ganado africano, búfalos, antílopes, gacelas, cebras, camellos, elefantes, rinocerontes, o en compañía de algún amigo del Maracaibo, a quienes se llevaba consigo para que presenciaran aquel espectáculo bizarro, completamente fuera de lugar. A los primeros hipopótamos que llegaron a Nápoles, un macho y tres hembras, los fotografió a pocos metros de distancia, sin ninguna defensa de por medio. Nadie sabía que eran animales extremadamente peligrosos, causantes de numerosas muertes humanas.

La fotografía de una pareja de los primeros hipopótamos que llegaron a Nápoles merece estar en exhibición permanente en el Museo Nacional de Memoria Histórica, pues es un registro único de un Adán y una Eva, introducidos a la buena de Dios en un paraíso sin depredadores naturales. Su descendencia se ha convertido en la doble metáfora anfibia del absurdo encarte que significa para Colombia la herencia de Pablo Escobar, que permanece bajo la superficie, y la presencia a flote del narcotráfico en nuestro día a día, que continúa imbatible, reptando a través de las grietas de la sociedad.

Unos hipopótamos que, como el narcotráfico, se han metido con los campesinos, han desplazado especies nativas y han colonizado potreros. En las noches se pasean esporádicamente por los poblados vecinos, cuyos habitantes han terminado por cogerles cariño y tratarlos como mascotas. Son objeto de admiración. En el parque temático que reemplazó a la hacienda Nápoles atraen a miles de curiosos y se han convertido en estrellas de reportajes, series y documentales nacionales y extranjeros. Han sido declarados especie invasora, pero si alguien los toca, se alzan voces de protesta. Han sido perseguidos, cazados, esterilizados, como se ha intentado con el narcotráfico, pero, como el narcotráfico, se siguen reproduciendo sin control.

Cuarenta años después de que el zoológico de Escobar abriera sus puertas al público, se calcula que hay más de cien ejemplares dispersos por los alrededores del río Magdalena. Cada tanto se difunde un video en el que se ve a varios ejemplares caminando por las calles del corregimiento de Doradal. Una herencia pesada y fértil. Cuando la curiosidad por la vida del capo parece agotada, reproducida incansablemente en documentales, series y películas, su fantasma toma un nuevo aire del resoplido de un hipopótamo rebelde. Deshacerse de la memoria de Escobar es tan difícil e infructuoso, al menos, como intentar cazar manadas de hipopótamos libres por todo el corazón de Colombia.



A partir de mediados de julio, *El Chino. El fotógrafo personal de Pablo Escobar*, de Alfonso Buitrago, estará disponible para la venta.

Hemos cuidado cada detalle: afinando los textos del libro, editando las fotos que hacen parte de este proyecto, y avanzando en el proceso de edición.



Canaguar 
Revista de cine colombiano

Una publicación de
cinéfagos.net

 canaguaro.cinefagos.net

ACTUAR POR LO VIVO

| CONVERSACIONES | EXPOSICIÓN | TALLERES | RECORRIDOS | SOLUCIONES |

* *Medellín* 5 - 7 DE MAYO DE 2022

Museo de Arte Moderno de Medellín

Un evento para encontrarnos y reflexionar
juntos sobre la regeneración.



violabo SuperSubsidio

Más información en

www.comfama.com/actuar-por-lo-vivo

Una iniciativa *ACTES SUD* & *co* *muna:* faire cause commune Apoya **comfama**